LAS PROHIBICIONES.

A mi buen amigo Paco
Escudero y Perosso

Luis de Eguilaz

Madrid 7 de octubre de 1853.

Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

BENAVIDES.

LAS PROHIBICIONES,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS DE EGUILAZ.

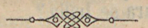
REPRESENTADA CON ESTRAORDINARIO APLAUSO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL 20 DE OCTUBRE DE 1853.

MADRID.
IMPRENTA DEL SEMANARIO É ILUSTRACION,
A CARGO DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

1853.

PERSONAJES.	ACTORES.
CAROLINA	*Doña Teodora Lamadrid.*
ROSARIO	*Doña María Rodriguez.*
D. GABRIEL	*D. Joaquin Arjona.*
D. CRISTÓBAL	*D. José Calvo.*
GONZALO	*D. Manuel Ossorio.*
VICTOR	*D. Fernando Ossorio.*
D. FERNANDO	*D. Enrique Arjona.*

ACTO PRIMERO.



Cuarto abuhardillado: ventana en el fondo por la que se descubren los tejados: dos puertas á la izquierda y una á la derecha, de una sola hoja. A través de los vidrios de la ventana se ven varias macetas con flores.

Mesa en primer término cubierta de papeles y con recado de escribir. Sobre varias sillas y una cómoda infinidad de libros de todas clases: en el foro un espejo, un retrato de Calderon litografiado, y una percha cargada de ropa.

Al levantarse el telon la ventana estará cerrada, y sobre la mesa arderá una vela que estará concluyéndose. El teatro á media luz.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, VICTOR.

(*Aparecen sentados á la mesa; el primero escribiendo, el segundo dormido sobre el papel con la pluma en la mano. Pausa.*)

GON. ¡Victor! (*Despertándolo.*)
VIC. ¿Quién?... Ah!... Me dormia.
GON. ¿Te rinde el cansancio ya?
VIC. No; pero... ¿qué hora será?
GON. No sé.
VIC. ¡Calla! ¡Si es de dia! (*Abriendo la ventana.*)
GON. Cierto. Y segun la luz brilla,
muy entrada la mañana.
Ya el sol baña la ventana
de nuestra pobre buhardilla.

VIC. Economicemos. *(Apagando la vela.)*
GON. Sí.
No estan nuestros capitales
para despilfarros tales.
VIC. ¡Dímelo, Gonzalo, á mí!
A mí, que siguiendo aun
encargado de la caja,
llevo siempre el alta y baja
de nuestra bolsa comun!
GON. ¡Pobre bolsa nuestra!
VIC. ¡Bah!...
No te apures por dinero.
GON. ¿A que altura se halla?
VIC. A cero.
GON. Entonces...
VIC. Dios proveerá.
GON. Dices bien.
VIC. Gran posicion
gozamos... Casi me rio.
GON. Oh! Las musas, Victor mio,
no madres, madrastras son.
VIC. Fuerza nos sobra y salud;
fé y pocos años tenemos;
Gonzalo, no nos quejemos.
GON. Desgraciada juventud!
De la vida en los albores
no hay en ella padeceres:
es... la edad de los placeres,
¡es la edad de los amores!...
Edad de felicidad,
única en dichas completas.
Esto dicen los poetas...
(Riendo con amargura.)
¿Estamos en esa edad?
Si en ella el hombre batalla
con rudo pesar profundo,
dícele piadoso el mundo:
«Eres jóven, sufre y calla.
No te quejes; aun no es hora;
no te apures; jóven eres:
si desesperas, si mueres...
eres jóven; sufre y llora.»
Si esta es la edad de gozar
y no he gozado una vez,
cuando llegue la vejez
¿qué es lo que podré esperar?...
VIC. Bah!... Bah!... Escelente maestro

para formar Jeremías.
Deja tus filosofías.
Chico! el porvenir es nuestro!

GON. Tal vez te sobre razon.

VIC. La que á tí te va faltando.
A escribir *pane lucrando*,
cuartillas de municion.

GON. Es verdad.

VIC. Buena mañana
nos espera.

GON. Hermoso rato!

VIC. Va á ser el vivo retrato
de esta noche toledana.

GON. ¡Qué le hemos de hacer!

VIC. Paciencia!

GON. El que ansie dinero y fama
que dé descanso á la cama.

VIC. Eso es hablar con prudencia.

GON. Sí... pero es tan solo hablar.
Tiempo há que logré imprimir
mi *Historia del porvenir*...
No he vendido un ejemplar.
Bien lo sabes.

VIC. Bien lo sé.
Es un libro de oro.

GON. Algo
valdrá quizás: nada valgo,
¡mas lo escribí con tal fé!...

VIC. ¡Tienes razon! Y no ha habido
quien publique lo que vale,
que no hay otro que lo iguale...

GON. Como nadie lo ha leido...
Solo tú y yo.

VIC. ¡Pobre hermano!
¡Pobre amigo mio!

GON. ¡Calla!

VIC. Quien así sufre y batalla
tiene un valor sobrehumano.
Pasando por el crisol
de la desgracia, se sube.
Mañana, rota esa nube,
tal vez alumbre otro sol.

GON. ¡Imposible! En tal estado
nuestra sociedad se encuentra,
que se halla, al que en ella entra,
todo camino cerrado.
No hay que formarse ilusiones.

Yo lo he visto bien... Escucha...
Asistimos á la lucha
de las dos generaciones.
La que acaba y la que empieza,
contrarias á muerte son:
una... todo corazon,
otra... otra... ¡todo cabeza!...
Esta ocupa el mejor puesto,
y antes que al tiempo sucumba
cavado habrá nuestra tumba.
Esto... acabará con esto.
(*Llevando la mano primero á la cabeza y luego al corazon.*)

VIC. Esas cosas desesperan...
Vamos... vamos. . hoy estás...
GON. Cual siempre...
VIC. No pienses mas;
las cuartillas nos esperan.
Hoy estás malo, Gonzalo:
de pensar tu mal proviene;
pobre eres... quien lo es, no tiene
ni tiempo para estar malo.
GON. Trabajemos pues.
VIC. Sí, sí.
Por no ver de mal humor
á nuestro horrible editor
haria... Así como así
paga y nos saca de apuros.
GON. Mucho!...
VIC. No lo que tú vales.
Mas siempre quinientos reales...
GON. Sí, son veinticinco duros.
VIC. ¡Es cierto que su diario
traga mucho original!
GON. ¡Y él no lo es poco!...
VIC. Tal cual...
¡Ente mas estrafalario!
¡Usurero!
GON. Vamos.
VIC. Pues...
¡Por tan miserable suma
tener tu pluma y mi pluma
moviéndose todo el mes!...
GON. ¿Y qué quieres?...
VIC. Que yo esté...
sufriéndolo, es natural;
¡pero tú!...

GON. El caso es igual.
VIC. ¿Que es igual?
GON. Pues ya se vé.
VIC. ¿Tengo acaso, amigo mio,
ya que hablar es necesario,
un pariente millonario
como tu querido tio
don Fernando?
GON. No hables de él.
VIC. Como quieras. No hablaremos.
GON. Trabajemos.
VIC. Trabajemos. (*Vuelven á escribir.*)
(*Llaman á la puerta de la derecha.*)
GON. Adelante.
(*D. Gabriel entra, levantando el picaporte.*)
VIC. D. Gabriel!
(*Saliéndole los dos al encuentro.*)

ESCENA II.

D. GABRIEL, GONZALO, VICTOR.

GON. ¡Tio!
GAB. Quietecitos. ¡Bravo!
Ya estais trabajando?
GON. Sí.
GAB. Eso me gusta: ¡así, así!
Tan rara constancia alabo.
VIC. Es que...
GAB. Las once no mas. (*Mirando al reloj.*)
Muy temprano te levantas
para estar hasta las tantas...
GON. ¡Qué!
GAB. Sí... ya me lo dirás...
No somos de cal y canto;
poned á ese ardor un freno:
apego al trabajo... bueno...
pero no tanto... no tanto.
GON. Cuando se está entusiasmado...
GAB. Se vence un poco ese ahinco.
GON. Ya le venzo.
GAB. ¿A que á las cinco
no estabas aun acostado?
¿Callas?... ¡Esto al cielo clama!
Y hoy vuelta...
VIC. No hay que volver.
GAB. ¿Cómo?

VIC. Estamos en ayer.
No hemos probado la cama.
GAB. ¡Oh!... Vamos!...
GON. ¡Querido tio!
GAB. ¿Aun no os habeis acostado?...
Debí haberlo adivinado.
Esos ojos... ¡Hijo mio!
GON. ¿Ves, ves? (*A Victor reprendiéndolo.*)
GAB. No quiero afectarme;
mas en mis riñas no insisto...
Vamos... vamos... ¡está visto!
quieres matarte y matarme.
GON. Pero...
GAB. De hoy, si tu mal labras,
no daré por ello un paso.
Aquí ya no se hace caso
de mí, ni de mis palabras.
GON. Es que... cuando se está haciendo
una cosa con placer...
VIC. (Sí...) (*Con socarronería.*)
GAB. Ya... ¿Me quieres leer
lo que estabas escribiendo?
GON. Yo!... Como está sin limar..
GAB. Es una súplica, hijo.
GON. Si usted lo quiere...
GAB. Lo exijo.
GON. (¡Oh!...)
GAB. (Tiemblo de adivinar...)
(*Tomando una de las cuartillas que estan sobre la mesa en el lado que ocupaba Gonzalo, y leyendo.*)

«Muy pronto tendremos el gusto de ver en uno de nuestros teatros á la divina Elisa de Guzman, á esa bella y eminente actriz, que á pesar de haber nacido en España, parecia complacerse hasta ahora en huir los aplausos de sus compatriotas, al paso que recibia los delirantes y frenéticos víctores de la América entera, al paso que...»

(*Dejando de leer.*)
¿Y es esto lo que ahora hacias?...
Y estabas entusiasmado
con un puff que han publicado
hace tres ó cuatro dias
todos los diarios...!
GON. No:
eso es nuevo.
GAB. ¡Qué ha de ser!
GON. Sí.
GAB. Si tengo desde ayer

un palco encargado yo
para cuando salga... En vano
tu afan disculpa imagina.
Me lo leyó Carolina,
la pupila de mi hermano.
Estoy cierto. Oye, ¿vendió
este su novela? (*A Victor y variando de tono.*)

VIC. Sí.

GAB. ¿En cuánto...?

GON. En...

GAB. Silencio. Dí. (*A Victor.*)

VIC. No sabe: aun no la cobró...

GAB. Y tú me dijiste...

GON. Fué...

GAB. ¡Calla! Habla tú.

GON. Pero tio...

GAB. En este cuarto tan frio...
¡velar para esto!

GON. Es que...

GAB. Silencio: ya toco el quid:
lo miro, y dudarlo quiero.
Victor, sé tú mas sincero.

GON. Un cuarto cuarto en Madrid...
(*Haciendo señas á Victor para que calle.*)

VIC. Vivimos en cuarto... cuarto;
mas... tan perdidos nos vemos,
que aunque dos cuartos tenemos
nunca tenemos un cuarto.

GAB. ¡Ah!...

GON. ¡No crea usted por Dios!...

GAB. No eres de mi afecto digno.
¡Calla, calla!... ¡esto es indigno!
Engañarme así los dos...
Fingir ante mí alegría
cuando... con razon me quejo;
y yo necio... ¡pobre viejo
que tan feliz te creia!
¡Vamos! y vivir así
con secreto tan profundo...
¿Para qué estoy yo en el mundo
si no te acuerdas de mí?

GON. ¿Llora usted?

GAB. Quién? ¡yo llorar,
(*Ocultando las lágrimas.*)
cuando así me engañas!

GON. ¡Tio!

GAB. Pero... ¡perdon, hijo mio!

¡Yo lo debí adivinar!
Ven acá, ven. ¿Me perdonas?
GON. ¡Oh!
GAB. Gran Dios! y le reñia
cuando velar le veia...
Creí que ansiabas coronas
solamente y... No ignoraba
que no era tu posicion
muy buena... Mas con razon
que esta no fuese pensaba.
Yo no soy rico... peró...
tengo lo que necesito...
Tome usted, caballerito:
no me diga usted que no.
(*Sumamente conmovido y colocando rápidamente un bolsillo en las manos de Gonzalo.*)
GON. Señor...
GAB. ¿Cómo no caí...?
Cómo no pensé hasta hoy...?
¡Hijo! ¡Gonzalo! (*Abrazándolo.*)
VIC. Me voy.
Yo no puedo estar aquí. (*Conmovido.*)

ESCENA III.

DON GABRIEL, GONZALO.

GAB. ¿Es verdad que no crees vano
este dolor que en mí observas?
¿Es verdad que no conservas
rencor á este pobre anciano?
GON. ¿Yo...?
GAB. Tranquilízate. No
así aumentes mis sonrojos.
Pero... sécate esos ojos...
(*Secándole los ojos y enjugándose despues una lágrima.*)
Los hombres no lloran... ¡Oh!...
Si alguien nos vió... Si nos ven...
GON. Se ha marchado.
GAB. Es muy prudente.
Al fin delante de gente...
no se ensancha el alma bien.
Oye, y toda tu atencion
no te admire que reclame.
Lo que aquí pasa es infame;
infame... esa es la espresion.
Mi hermano Fernando, hermano

tambien del que ser te dió,
ni tu pobreza miró
ni te ha tendido una mano.
¡Y es opulento! y quizás
no hay cual él otro banquero.

GON. No le pido su dinero,
sino lo que vale mas.
Su puerta, á todos abierta,
á mí solo se ha cerrado...
Años há que no he pisado
los umbrales de esa puerta.

GAB. ¿Y lo sientes?

GON. Cuando niño,
á quererle me enseñaron...
sus desaires no arrancaron
de mi pecho este cariño.

GAB. De eso no le acuso yo.
Tal vez causa no le falta
que justifique esa falta.

GON. ¿Usted le defiende?

GAB. No...
pero ponte en su lugar.
Él consentir no podia
tus visitas, desde el dia
que se tuvo que encargar
de su pupila.

GON. ¿Y por qué?

GAB. No la conoces á ella.
Es encantadora, es bella...
mas... el mas yo me lo sé.

GON. No entiendo...

GAB. (Ya entró en cuidado.)
Su padre, que en gloria está,
era de lo que no hay ya;
hombre á la antigua templado.
Todo libro la prohibió
por su rutina fatal,
y... lo que era natural...
ella... por libros rabió.
Pasó el viejo á mejor vida;
dióse á leer la inocente,
y acaloróse su mente,
de suyo bien encendida.
Bien veo que es deplorable!
mas mi hermano, con razon,
teme que dé el corazon
al primero con quien hable.

Tú eres jóven y poeta,
ella... niña y exaltada...
Negarte en casa la entrada
fué prevencion muy discreta.

GON. Mirado bajo ese aspecto...
¿Y ella, dice usted que es bella?

GAB. ¡Encantadora! (¡Habla de ella!
La prohibicion... hace efecto.)
Hay motivo... Ya ves, sí...
¡Ah!... lo mejor olvidé:
un dia de tí le hablé...
Siempre está hablando de tí.

GON. ¡De mí!

GAB. Como no te importa,
nada te he dicho.

GON. Es verdad.

GAB. Madurará con la edad.
¡Oh!... la edad siempre se porta.
Para que veas si es vana
esa cabeza infeliz,
leyó ayer lo de esa actriz...
lo...

GON. Ya.

GAB. De la americana:
y un palco fué necesario
encargar sin mas demora.
Ya se sabe, se enamora
de todo lo estraordinario.
Pero á mi hermano volviendo...

GON. ¿Qué dice de mí?

GAB. ¿Fernando?

GON. Ella.

GAB. Siempre preguntando.

GON. ¡De veras!

GAB. Siempre inquiriendo
tu vida... La atolondrada
solo piensa en tonterías...
si eres así... Niñerías
que no significan nada.

GON. Pero...

GAB. Tú no te figuras
genio mas incorregible.
Siempre ansiando lo imposible;
siempre soñando aventuras.

GON. (¡Oh qué mujer!)

GAB. Nada, nada;
mi hermano hace en esto bien,

y yo en su lugar tambien
te negaria la entrada.

GON. Mas...

GAB. (¡Ya está muerto por verla!)
Demos á eso pues de mano
y volvamos á mi hermano.

GON. (¡Si lográra conocerla!)

GAB. Dormir siempre en la indolencia
era de España el destino,
cuando á despertarla vino
el grito de independencia.
¡Oh!... súbito como el rayo
fué de lugar en lugar...
Todos quisimos vengar
la sangre del dos de mayo.
Lleno de ardor juvenil,
si bien en edad muy tierna,
dejé la casa paterna
y echéme al hombro un fusil.
Tambien mi hermano ese ardor
sintió, y se le vió correr...
no á batirse... sino á ser
de las tropas proveedor.
Por tan diversos caminos
como ves, hemos llegado...
yo, á coronel retirado,
él, á los altos destinos.
Y no pienses que me quejo;
siempre en mi patria pensando
y el mal ajeno aliviando,
pobre y feliz... llegué á viejo.
Casi al par él ha llegado;
pero egoista profundo,
no halla placer en el mundo;
sus riquezas le han gastado.
Sentir no puede el cariño;
nunca lo sintió tal vez;
yo he llegado á la vejez
con el corazon de un niño.
¡Fernando es muy infeliz!...
mas de lo que tú te piensas:
hoy vivo yo á sus espensas...
pero cuánto mas feliz!
La ventura no proviene
de crecer, ni de elevarse...
Solo hay dicha en contentarse
cada cual con lo que tiene.

GON. ¡Pobre tio!
GAB. Así vejeta
seco, á todo indiferente...
afecto por tí no siente.
Te odia... porque eres poeta.
«¡Báh! Nada será ese chico,»
dice, á su sistema fiel.
No ser nada para él...
es no llegar á ser rico.
¡Por eso te deja así!
mas todo lo he prevenido...
Él aquí nunca ha venido:
hoy ha de venir aquí.
GON. ¡Cómo!
CAB. No importa. Ya sabes
con quién te las vas á haber:
te hace falta: es menester
que lo que he empezado acabes.
GON. Lo haré.
GAB. Bien. Ahora, hijo mio,
voy una pregunta á hacerte
en que va tal vez tu suerte.
Que digas verdad confio.
¿Siente amor tu corazon?
GON. No.
GAB. Tus años lo previenen.
GON. Los pobres tiempo no tienen
para amar.
GAB. ¡Tienes razon!
No me vayas á engañar.
GON. ¡Yo!
GAB. Con tu libro lo hiciste.
GON. ¿Cómo?
GAB. Sé que no vendiste
ni siquiera un ejemplar.
GON. ¡Qué mundo! ¡qué vida! ¡Oh!
GAB. Cesa en tu dolor profundo,
y no te quejes del mundo.
GON. ¿Usted no se queja?
GAB. No.
Yo soy optimista. ¿Y quién,
viendo con ojo imparcial,
no encuentra en el mayor mal
los gérmenes de un gran bien?
Yo del mundo no me quejo
cuando mi amargura exhalo,
porque... el mundo no es tan malo.

Es... qué se va haciendo viejo.
(*Confidencialmente.*)
Helado, seco, indolente,
do quier estampa su sello.
Lo mas grande, lo mas bello,
todo le es indiferente.
Nunca el libro de su ciencia
osado y curioso abras;
su ciencia está en dos palabras:
«Egoismo, indiferencia.»
La sociedad que hoy se educa
en penas y desengaños,
logrará mejores años
que esta sociedad caduca.
¡Vaya si los logrará!
Ella su camino sigue,
y el que trabaja... consigue!...
Quien viviere lo verá.

GON. Y esas, ¿no son ilusiones?

GAB. Ya lo verá el que viviere.

GON. Dios lo quiera.

GAB. Dios lo quiere! (*Con solemnidad.*)

CRIST. ¡Noventa y siete escalones!
(*D. Cristóbal, entrando.*)
En tan culminante altura
el genio escondido escribe:
Jesucristo, ¡qué alta vive
la baja literatura!

ESCENA IV.

D. GABRIEL, GONZALO, D. CRISTÓBAL.

(*Don Cristóbal entra fatigado, y despues de decir los primeros versos pasea una mirada por la escena, se cala las gafas, se encorva y tose, llevándose las manos al pecho. D. Gabriel y Gonzalo habrán estado hablando aparte, y hasta el momento en que tose D. Cristóbal no reparan en él.*)

CRIST. (¡No me han visto!) ejem! ejem!

GON. ¡Don Cristóbal!

CRIST. ¡Caballero! (*A D. Gabriel.*)
Usted tan famoso.

GAB. Sí.

CRIST. ¿Su hermano de usted...?

GAB. Tan bueno.

CRIST. ¿Amiguito...? (*A Gonzalo.*)

GON. ¿Usted aquí?
CRIST. Como usted vé.
GON. ¿Y á qué debo
ver á todo un editor
bajo tan humilde techo?
GAB. (Nunca me gustó su cara.)
CRIST. A... ejem!... (Precisa que hablemos
del periódico, y á solas.)
(*Aparte á Gonzalo y mirando siempre á D. Gabriel; cuando cree que lo ha oido, tose.*)
Ejem!
GAB. Malo está ese pecho.
CRIST. ¡Este Madrid!...
GAB. Sí... (*Con desconfianza.*)
GON. Si Victor
es igual...
CRIST. ¡Pues ya lo creo!
Ejem! (*Mirando siempre á D. Gabriel.*)
GON. Yo estoy ocupado
con... Voy á llamarle. Vuelvo.

ESCENA V.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL.

GAB. No se sienta usted?
CRIST. Mil gracias.
GAB. No hay de qué. ¿Conque usté es dueño
del periódico en que escriben
estos chicos?...
CRIST. En efecto.
GAB. Y dicen que tiene mucha
suscricion *El Noticiero.*
CRIST. Ejem!... ejem! Esta tos...
GAB. Es un fortunon deshecho
ganar tanto con tan poco.
CRIST. Ejem! Los dias de viento
me aprieta de una manera!...
GAB. Y qué tal le va con ellos?
CRIST. ¿Con estos dias? Muy mal.
GAB. No; si yo no hablaba de eso.
Con estos chicos.
CRIST. Pse... Pse...
Bien... bien...
GAB. Dá usté poco sueldo.
CRIST. Ejem! (*Tosiendo con fuerza*).
GAB. (Tos mas oportuna...)

¿Y ha visto usted lo que ha impreso
Gonzalo?

CRIST. Sí. Es una obrita
muy linda. ¡Tiene talento!

GAB. Mas como el pobre no entiende
de estas cosas, el dinero
ha perdido.

CRIST. ¡Vea usted! (*Con refinada hipocresía.*)
¡Quia! Si el público... y los tiempos...
¡Los tiempos estan tan malos!

GAB. Para este chico, perversos.
Ni un ejemplar ha vendido.
Él no entiende esos manejos
de anuncios y de...

CRIST. Sí, sí.

GAB. En otras manos...

CRIST. ¡Lo creo!

GAB. ¿Sí?... ¿Cuánto daría usted, (*De pronto.*)
que es en estas cosas diestro,
por todos los ejemplares?

CRIST. ¡Yo!! jem... jem... maldito invierno.
¿Quiere usted una pastilla?
(*Levantándose y presentándole una cajita.*)

GAB. Gracias...

CRIST. Vamos. (*Instándole.*)

GAB. Lo agradezco.
¿Cuánto?...

CRIST. Cero.

GAB. ¿Cero?

CRIST. Nada.
Está escrito sin ingenio:
no tiene interés ni rasgos...
El título es de mal género...
«Historia del porvenir!»
Y... ¿qué quiere decir esto?

GAB. Usted lo ha leido?

CRIST. No,
no necesito leerlo.
De algo ha de servir la práctica.
Nací entre libros...

GAB. Es cierto.

CRIST. Y además, ¿quién es Gonzalo?

GAB. ¡Pues!... (Bien hecho está lo hecho.)
Usted se arrepentirá.

CRIST. ¿Yo? No los compro ni al peso.

ESCENA VI.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL, GONZALO, VICTOR.

VIC. ¡Hola! (*Saludando.*)
CRIST. Adios, caballerito.
GAB. Mira, me voy. (*Á Gonzalo.*)
GON. Pero?...
GAB. Vuelvo.
Adios, señor don Cristóbal.
Adios, Victor. Hasta luego.
¡Animo! Feliz serás. (*Á Gonzalo.*)
GON. ¿Qué es lo que está usted diciendo?
GAB. Que este mundo es una bola,
(y el que desespera un necio.) (*Marchándose.*)
GON. (Esperar... ¿Y en qué? ¡Imposible!
Mas... no perdamos el tiempo.)
(*Gonzalo se va, llevándose el tintero y las cuartillas.*)
Voy á trabajar... Dispense
usted si... (*Marchándose.*)
CRIST. Es usted muy dueño.

ESCENA VII.

D. CRISTÓBAL, VICTOR.

VIC. Conque... (*Han estado hablando aparte.*)
CRIST. Sí. Vamos al caso.
He visto hace poco impreso
el número de hoy.
VIC. ¿Y qué?
CRIST. Que ustedes me estan perdiendo.
VIC. ¿Cómo?
CRIST. Yo reduzco á números
todas las cuestiones.
VIC. Pero...
CRIST. Sé muy bien que los periódicos
necesitan tener crédito;
que solo lo cobran, dando
palos á diestro y siniestro...
Pero eso cuesta muy caro,
ergo no conviene hacerlo.
VIC. Es que...
CRIST. Nada. Es necesario
ser un poco pasteleros.
Las recogidas son cosa

que cuesta mucho...
VIC. Ya...
CRIST. Luego
el suscritor no recibe
el número, y...
VIC. Si lo veo!
CRIST. Y se nos disgusta, y deja
la suscricion. Conque tiento.
Hoy nos hemos libertado
por milagro.
VIC. ¡Bah!
CRIST. Es tremendo
el artículo de entrada.
No vayamos á perdernos.
VIC. Fuera lástima. (*Con malicia.*)
CRIST. ¡Un periódico
que deja tanto dinero!
VIC. ¡Cómo!
CRIST. Ejem! ejem! (Qué torpe!)
Es decir, andando el tiempo...
Jem! jem! Vuelta con la tos.
Aquí sin duda entra viento.
(*Yéndose hácia la puerta.*)
VIC. ¡Yo cerraré! Pero al caso.
(*Cierra la puerta de la derecha.*)
(Hoy no ha de valerte el pecho.)
CRIST. Jem! jem! Que llaman. (Respiro.) (*Llaman.*)
VIC. ¿Quién?
ROS. (*Dent.*) Gente de paz.
VIC. Adentro.
CRIST. (¿Faldas? Me salvé.)

ESCENA VIII.

D. CRISTÓBAL, VICTOR, ROSARIO, *á poco* CAROLINA.

ROS. Aunque ustedes
(*Sin pasar del umbral.*)
dispensen: ¿un caballero
que se llama don Gonzalo,
vive aquí?
CRIST. (Bien.)
VIC. Sí por cierto.
ROS. ¿Y está en casa?
VIC. En casa está.
(¿Gonzalo con trapicheos?)
ROS. Si usted quisiera avisarle...

VIC. ¿No he de querer? Al momento.
ROS. ¡Señorita! *(Llamando.)*
CAR. (Don Cristóbal!)
(Al salir trae cubierta la cara con el velo de la mantilla.)
¡Ah!
VIC. (¡Dos!)
CRIST. (Otra! bueno, bueno!...)
VIC. Voy á avisar á Gonzalo.
Tomen ustedes asiento.
ROS. Estamos bien. Gracias.
' AR. Gracias...
VIC. (¿Me comprende usted?
(Despues de mirar un momento á D. Cristóbal.)
CRIST. Comprendo.
Para dos perdices... dos.
Está de sobra el tercero. *(Indicándole la puerta.)*
VIC. Pues...
CRIST. ¡Ya se arreglan ustedes!. .
VIC. ¡D. Cristóbal!...
CRIST. Sí, lo entiendo.
¿Qué tales son?
VIC. ¡Hombre! vamos.
CRIST. ¡Oh! ¡Ya son ustedes buenos!
(Frotándose las manos.)
VIC. Bien, pero...
CRIST. Jem...! (Diera un ojo
por ver á través del velo.)
VIC. (¿Quiere usted marcharse?
CRIST. Sí.)
Señoras... jem...!
(Parándose y mirándolas fijamente.)
VIC. ¡Hombre!
CRIST. El pecho...
(Marchándose.)
VIC. Dispensen ustedes si...
Pero voy.
CAR. Gracias. (¡Yo tiemblo!)
VIC. (¡Qué voz! debe ser divina.
Malditos sean los velos!) *(Marchándose.)*

ESCENA IX.

CAROLINA, ROSARIO.

CAR. Vámonos.
ROS. ¿Qué dice usted?
CAR. Me estoy muriendo de miedo.
¡Las miradas de aquel hombre!...
¡Qué imprudencia, santo cielo!
Si nos habrá conocido!...

Ros. ¡Conocer! Si es casi ciego.
Car. Se lo dirá á mi tutor.
Es su amigo y... yo me muero.
Vámonos.
Ros. ¡Eh! poco á poco.
Si en esto hay mal, ya está hecho.
Car. Mi tutor tiene la culpa.
Sin su cuidado indiscreto,
sin su prohibicion de verle,
nunca me arrojára á esto.
Ros. Pues ya se vé... Es fuerte cosa...
Car. Eso digo yo. ¿A qué efecto?...
Y luego su hermano siempre
hablando de él...
Ros. ¡Pues!
Car. Y luego
lo pinta con un carácter
tan sublime... tan poético,
y dice que es tan gallardo...
¡ay! ¡y me lee unos versos!...
que... vamos... Era imposible
vivir ya sin conocerlo.
Será una imprudencia...
Ros. ¡Quiá!
En los libros que leemos
se halla de esto á cada paso.
Car. Yo ansiaba ya que algo nuevo
me sucediese... Me tienen
en tanto retraimiento...
Ros. Y adémas... ¿á qué negarlo?
Mas de una vez, y no miento,
ha soñado usted con él.
¿Lo niega usted?
Car. No lo niego.
El que don Gabriel me pinta
es el hombre que yo sueño.
Ros. Sabe usted que don Gabriel
la tiene a usted mucho afecto,
y que á mí se me figura...
Car. ¡Calla, calla!
Ros. No es tan viejo.
Car. Me quiere como á una hija.
Ros. ¡Sí! Cuando yo me lo pienso...
Mas... con estas tonterías
estamos perdiendo el tiempo.
Escuche usted. Mientras viene,
¿quiere usted... que... olfateemos?...

CAR. ¡La habitacion de un poeta!
¡Oh! qué desórden tan bello.
Qué dulce debe de ser
en tan humilde aposento,
vivir con...

ROS. Sí; pero vamos...

CAR. Tienes razon...

ROS. A ver esto...

(*Tomando un libro en rústica de la cómoda, en la que habrá un monton como de una edicion completa. Carolina lo abre á la ventura y lee.*)

«Las sociedades caminan á pasos de gigante hácia su regeneracion. La filosofía...»

CAR. ¡Qué fastidio!

ROS. Eso es muy tonto.

CAR. ¡Filosofía!... ¡Ay que miedo!
«HISTORIA DEL PORVENIR.» (*Leyéndole el título.*
Esta es lectura de viejos. (*Tirándolo.*)

ROS. Mire usté, aquí hay manuscritos.
(*Tomando unas cuartillas de la mesa en que aparecieron escribiendo Gonzalo y Victor.*)

CAR. Dame.

ROS. Lea usted de recio.

CAR. «Sí, la mujer es el término medio entre
el hombre y el ángel,» (*Leyendo.*)
¡Qué bonito!

GON. Señorita... (*Entrando.*)

CAR. ¡Ay!
(*Cubriéndose con el velo y dejando las cuartillas.*)

ROS. ¡Qué guapo!

CAR. ¡Caballero!...

ESCENA X.

CAROLINA, ROSARIO, GONZALO.

(*Gonzalo aparece en la segunda puerta de la izquierda con distinto traje, aunque siempre algo desaliñado. Trae puesta la levita que sacó Victor en las escenas anteriores.*

ROS. (No olvide usted su papel.
¡Animo!) (*A Carolina, marchándose.*)

CAR. (¡Estoy aturdida!)
Usté estrañará sin duda

tan impensada visita.
GON. Debo confesar... (¡Qué voz!)
CAR. (Tal cual don Gabriel lo pinta.)
ROS. (Por si alguien llega, me voy
al pasillo de vigía. (*A Carolina.*)
CAR. (Bien.)

ESCENA XI.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. En efecto... es estraña
y tal vez... intempestiva...
GON. ¡Bah! ¡nada de eso! (¡Qué talle!)
CAR. (¿Qué he de decir...? Se me olvida...)
¡Oh! ¡no me crea usted mala!
GON. Solo creeré, señorita,
lo que usted quiera que crea.
CAR. (Si comprende...)
GON. Usted vacila.
Está usted turbada.
CAR. ¡Yo!
Tal vez... Es tan imprevista
nuestra situacion, que... vamos...
GON. Sí.
CAR. (¡Curiosidad maldita!)
GON. Serénese usted.
CAR. En fin.
GON. (¡Oh! debe de ser divina.)
CAR. Quizás habrá usted leido
lo que dicen estos dias
los periódicos, de cierta
actriz...
GON. ¿Alude usté á Elisa
de Guzman?
CAR. Sin duda alguna.
Usted tiene ya noticias...
GON. Sí. ¿Mas por qué habla usted de ella?
CAR. Porque soy...
GON. ¿Quién?
CAR. Ella misma.
GON. ¡Usted! Tanto honor...
CAR. Con esto
todo el misterio se esplica.
No quisiera presentarme
con obra ya conocida:
necesito un drama nuevo

de esos que al actor inspiran:
usted escribirlos sabe;
pretende el que necesita;
hé aquí pues en dos palabras
la causa de mi venida.
(Si hay quien lo finja mejor
que venga, y mejor lo finja.)

GON. ¡Oh!... conque... perdone usted...
que no sepa lo que diga...
Honor tan inesperado...
Conque... usted... la ilustre artista,
viene á mí... escritor oscuro...

CAR. De otro modo, no vendria.
¿Acepta usted?

GON. ¿Que si acepto?
¡Oh!... Con el alma y la vida.

CAR. Gracias. Entonces... (*Yéndose.*)

GON. No, no,
no se irá usted, señorita,
sin dejarme que contemple
esas facciones divinas
que grabar quiero en mi alma;
que es alma que nunca olvida.

CAR. Ah!... no.

GON. Pues bien; es preciso
que el papel que quiere, diga:
yo no he oido á usted... y siendo
escrito para usted misma...

CAR. Quiero una mujer poética.

GON. Como usted.

CAR. No, no. Una artista...

GON. Sí, como usted.

CAR. No, mas grande:
amante, sensible, altiva...

GON. Y hermosa!

CAR. A eso no me obligo.
Lo haría tan mal...

GON. (¡Divina!)

CAR. Sé adonde alcanzan mis fuerzas.

GON. Sin embargo, juraría
que no se juzga usted bien.

CAR. Quién sabe?... Al fin una misma...
Quién, no me tiene por fea;
quién, dice que soy bonita;
quién... (¿Y por qué no ha de verme
si eso le causa alegría?)
Quién... Juzgue usted por sí mismo.

(*Carolina se descubre con naturalidad.*)

GON. ¡Ah!...

ESCENA XII.

GONZALO, CAROLINA, ROSARIO.

(*Rosario entra apresuradamente y cierra la puerta, quedándose junto á ella sujetando el picaporte. Carolina se dirige hácia ella.*)

ROS. ¡Dios mio! Señorita!
CAR. Qué?
ROS. (Que viene don Fernando.
CAR. ¡Mi tutor!) Virgen María!
ROS. ¿Qué hacemos?
GON. Pero qué pasa?
CAR. Nada.
ROS. Y no hay otra salida... (*Llorando.*)
CAR. Va á vernos... (*Idem.*)
ROS. ¡Llaman!
CAR. ¡Dios mio!
No abra usted.
ROS. ¡Oh! aquí escondidas.
(*Corriendo hácia la primera puerta de la izquierda.*)
CAR. Pero...
ROS. No hay pero que valga.
CAR. Pronto ¡Ah! (*Se ocultan.*)
ROS. ¡Dios nos asista!

ESCENA XIII.

D. FERNANDO, GONZALO.

GON. ¿Qué es esto? Pero... (*Abriendo.*)
FER. ¡Acabáras! (*Con sequedad.*)
GON. Tio! usted... (*Con admiracion y gozo.*)
FER. Yo. Qué te admira? (*Con frialdad.*)
Tras lo que está sucediendo,
mi presencia era precisa.
GON. ¡Oh! Conque al fin vuelvo á verle?
Deje usted que... (*Queriendo abrazarlo.*)
FER. Quita! quita! (*Rechazándolo.*)
No he venido á que me abraces
ni á derramar lagrimitas.
GON. Pero... (¡siempre el mismo!)
FER. Nada.
Deja esas zalamerías.

Vengo á impedir que te pierdas,
no por tí, por la familia;
y vengo irritado, y vengo
solo á evitar tu ruina.
¡Lo sé todo!

GON. ¡Todo!
(*Mirando á la puerta de la izquierda.*)

FER. Sí.
Consecuencias de esta vida.
Desórden y francachelas,
(*Gonzalo le oye absorto.*)
juego, malas compañías,
¿no es esto lo que vosotros
llamais bella poesía?

GON. Está usted en un error.

FER. Lo sé, lo sé. Conocida
me es la vida de poeta.

GON. Pero...

FER. Conmigo no finjas.
Vuestro elemento es la crápula,
los desórdenes, la orgía,
y vivir en los cafés
mas bien que en vuestras buhardillas,
y siempre en perpétua holganza
ó en vuestras luchas mezquinas:
nada existe que os refrene,
nada respeto os inspira.

GON. Eso era allá en otros tiempos.

FER. Sí... la juventud del dia!...
¡Qué juventud!... Pero... en fin,
no hablemos de tonterías.
Vengo á salvarte... y repito,
que no es por tí mi venida.
Quiero evitar el escándalo.

GON. Mas...

FER. Mi posicion es crítica,
y con esto... sabe Dios
lo que de mí se diria.
Si te prendieran...

GON. ¡A mí!
Esplique usté.

FER. Estoy de prisa.
Ya he dicho que lo sé todo.

GON. Es que...

FER. No mas niñerías.
Ven. Estar aquí mas tiempo
es una audacia inaudita,

digna solo de quien lleva
tu existencia corrompida.
GON. ¡Tio!
FER. ¡Gonzalo!
GAB. Bien! bien!
¡Bello cuadro de familia!

ESCENA XIV.

D. GABRIEL, D. FERNANDO, GONZALO.

FER. ¡Gabriel!
GAB. No, si está muy bien.
FER. Le encuentro tan obcecado...
GAB. Contente: es muy desgraciado.
Ven acá, hijo mio, ven.
FER. (¡Así los pierden!)
GAB. Valor!
Te espera la última prueba.
GON. ¿Alguna desdicha nueva?
GAB. Sí.
GON. Diga usted sin temor.
FER. (Bah, bah! bah! Farsa completa.)
Despacha. (*A don Gabriel.*)
GAB. No tienes esto.
(*A don Fernando, indignado, y señalando al corazon.*)
GON. Dice bien... mientras mas presto...
GAB. Sí. Lée aquí, en la Gaceta. (*Entregándosela.*)
GON. ¡Oh!... ¿Queda mas que sufrir? (*Leyendo.*)
FER. ¿Qué ha visto?
GON. No se concibe...
GAB. La real órden que prohibe
su *Historia del porvenir*.
¡Vamos! Animo!
FER. Pero...
no sabia...?
GAB. Nada.
FER. ¡Ya!
GON. Todo contra mí.
GAB. ¡Bah! bah!
No todo; te vivo yo.
GON. ¡Ah!
GAB. Vamos, no hay que perder
los momentos de esta suerte...
Tal vez vendrán á prenderte.
GON. Qué importa?
FER. Mucho á mi ver.

Sabiendo ya lo que pasa,
por Gabriel, vine á buscarte:
creo que no han de encontrarte
si yo te oculto en mi casa.

GON. Gracias.

FER. Todo se concilia.

GAB. (¡Que miren y no comprendan!...)

FER. (Evitemos que le prendan...
por honor de la familia.)

GON. Haber trabajado un año
dia y noche sin cesar,
¡y por galardon llevar
tan terrible desengaño!

GAB. Calma. Tu frente aun se niega
á dibujar una arruga;
no es el gamo, es la tortuga
la que al fin mas pronto llega.
Quien ansie un puesto lograr
nunca prisa ha de tener,
que no es el mucho correr
la ciencia del caminar.

FER. (¡Aspavientos!) No debemos
retardar...

GAB. ¿Te ha conmovido? (*Con ironía.*)

FER. Sí...

GAB. Te lo creo.

GON. ¡Perdido!

GAB. Lo que es eso... ya veremos.

ESCENA XV.

D. GABRIEL, D. FERNANDO, GONZALO, D. CRISTÓBAL, VICTOR.

GAB. Pero... Victor! (*Llamando.*)

CRIST. (¡Bien! Tan quieta
la gente... Lo presumí.) (*En la puerta.*)

GAB. Debes decírselo.
(*Señalando á Victor en el momento en que sale.*)

GON. Sí.

CRIST. (Si aun no han visto la Gaceta...)
Señores...

FER. ¡Oh! ¿Usted acá?

GAB. ¿Tan pronto?

CRIST. Por hacer hora...
(Si me los venden ahora...
hago un negocio, ¡que ya!)

Oiga usté. He reflexionado
sobre aquello... y puede qué...

GAB. (Tonto!) ¿Conque sí?... ¡Vea usté!
CRIST. Si el precio es muy arreglado...
GAB. Sí? Hombre... Un libro tan malo,
sin rasgos, sin interés,
sin nada, que nada es,
y firmado por Gonzalo!...
CRIST. Eso dije sin leer...
GAB. ¿Necesita usted tal cosa?
La práctica...
CRIST. Es engañosa.
GAB. Usted se quiere perder.
CRIST. Deme usté un *ego te absolvo*;
habré errado: he sido un necio.
Conque... ea! el último precio.
GAB. Jem! jem! ¿Quiere usted un polvo?
(*Ofreciéndoselo.*)
CRIST. (Llegué tarde. A haber sabido...)
GAB. Seria engañarlo á usté:
lo han prohibido... y...
CRIST. (Jé, jé, jé! (*Tosiendo.*)
aquí estoy ya conocido.)

(*Víctor y Gonzalo habrán estado hablando aparte. Don Fernando paseándose con impaciencia.*)

VIC. ¡Es una infamia! (*A Gonzalo.*)
GON. No se halla
nada en él que se deslice...
FER. ¡Gonzalo! (*Impaciente.*)
GAB. (Eso no se dice:
hazte la víctima y calla.)
(*Aparte con rapidez á Gonzalo.*)
CRIST. Siento mucho... (*A Gonzalo.*)
GON. La justicia
defendí en él con vigor.
GAB. (Así.) (*A Gonzalo.*)
CRIST. ¡Qué libro!
GAB. Valor!
CRIST. Lo leo con tal delicia... (*Haciendo estremos.*)
FER. ¿Vámonos? (*Marchándose impaciente.*)
GON. Sí: pero...
(*Mirando á la puerta de la izquierda.*)
GAB. Yo
me quedo aquí.
VIC. (¿De qué modo (*A Gonzalo.*)
saldrán?)
GAB. Cuidaré de todo. (*Llegándose á ellos.*)

GON. Es que...
GAB. De todo.
(*Mirando á la puerta izquierda.*)
GON. Usted! oh!
Vamos pues.
GAB. (La he visto entrar.) (*A Gonzalo.*)
(*Viendo aparecer de nuevo á don Fernando en la puerta de la derecha.*)
Adios. Vé con él. (*A Victor.*)
VIC. GON. Adios. (*Marchándose.*)
CRIST. Conque, hombre... aquí entre los dos...
si usted se puede arreglar...
GAB. Lo prohibido...
CRIST. Estoy al cabo.
GAB. Yo no.
CRIST. Sí...¡Ya es usted tonto!
Ya...
GAB. Se vende caro y... pronto.
Nos veremos.
(*Dándole una palmada en el hombro.*)
CRIST. (¡Bravo!)
(*Saluda y se va frotándose las manos.*)
GAB. ¡Bravo! (*Satisfecho.*)

ESCENA XVI.

D. GABRIEL.

(*Se pasea gozoso y dice con tono ligero.*)
Hay mil flaquezas humanas
que el mundo tal vez no nota,
mas que con provecho esplota
el hombre que peina canas.
Desde que humanos ha habido,
desde los tiempos de Adan,
existe el ardiente afan
de anhelar lo prohibido.
Con análisis profundo
he estudiado esa tendencia,
y... en ella encontré la ciencia
de los hombres y del mundo.
Nada era Gonzalo, cuando
su libro hice prohibir:
hoy lo que quiera pedir
le darán por él. Fernando
le viene á buscar tambien,
de graves temores lleno...

Pues señor, el mundo es bueno... (*Transicion.*)
si se le conduce bien.

ESCENA XVII.

D. Gabriel, Carolina, Rosario.

Gab. Carolina!... (*Llamando.*)
Car. Ay! usté aquí? (*Sorprendida.*)
No me riña usted, por Dios
no me riña usted... Las dos
salimos á misa, y...
Ros. ¿Y cómo...
Gab. Calle usted! (*A Rosario.*)
Car. Ah!...
Como está usted siempre hablando
de él... y como don Fernando
siempre diciéndome está
que si vá no le reciba;
como al fin una es mujer,
y en nosotras suele ser
la curiosidad tan viva...
de no ser notada cierta,
sin temer ningun reproche
dejéme en la iglesia el coche
y salí por la otra puerta.
Pese usted bien mi disculpa;
nunca en Gonzalo pensé
hasta... No me riña usté, (*Rompiendo á llorar.*)
que ustedes tienen la culpa.
Ros. Pues... como...
Gab. ¡Calle usté!
Ros. Bien,
mas...
Gab. ¡Chit-n!
Ros. Voy al decir...
Car. ¿Conque me va usté á reñir?
(*Acariciando á D. Gabriel.*)
Tendré ese pesar tambien.
Gab. ¿Yo enojarte?... ¿Yo... y podria?...
Car. Recuerde usted mi cariño.
Gab. ¡Pero si yo no te riño!...
(*Con las lágrimas en los ojos.*)
¡No sé reñirte, hija mia!...
Ros. (Vamos...)
Gab. Si yo á tí...
Car. ¿Qué escucho?

GAB. Si yo no sabré decirte
nada que pueda afligirte!...
Si siempre te quiero mucho!
Si... (Pero no, no; qué he dicho?)
Señorita, señorita,
esta imprudente visita,
este singular capricho
es muy reprensible.
CAR. ¡Oh!
¿Qué dice usted?
GAB. Si viniera
la justicia aquí, y la viera...
¡Su honor de usted... No, no, no!
Esto no puede pasar.
CAR. Cómo! ¿la justicia aquí?...
¿Habla usted de veras? *(Sobresaltado.)*
GAB. Sí.
Deben venirle á buscar.
CAR. ¿A quién?
GAB. A Gonzalo.
CAR. A él!
ROS. ¡Jesus!
GAB. La razon les sobra:
le han prohibido esa obra
que es un ataque cruel
á la sociedad.
ROS. (A ver!...)
CAR. ¡Dios santo!
GAB. Él se ha escabullido...
CAR. Ah! conque...
GAB. Sí.
ROS. (¡Prohibido!
Si yo supiera leer!)
(Cogiendo el mismo libro que tiraron antes, y hojeándolo á hurtadillas.)
CAR. Conque en él no hay que pensar;
él loco... tu ~~ama~~ inocente...
te *prohibo* espresamente...
(Acariciándola y sonriéndose.)
Que le vuelvas á mirar.
CAR. Bien...
GAB. Vamos pronto, no sea
que vengan...
CAR. (Ay, no me atrevo!)
(Mirando hácia el sitio adonde tiró el libro, y hablando aparte con Rosario, mientras don Gabriel la contempla estasiado.)

(Coge el libro. (*A Rosario.*)

ROS. Ya lo llevo

(*Sacándolo de debajo de la mantilla y volviéndolo á ocultar.*)

para que usted me lo lea.)

GAB. Vamos. Tan corto desliz

(*Viendo que Carolina vuelve á él.*)

ya olvidé; y... No llores.

CAR. Yo...

GAB. (Qué hermosa! Ah! pero no.
Él solo la hará feliz.)

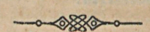
(*Carolina y Rosario se dirigen hácia la puerta: Don Gabriel al foro para tomar su sombrero. Cuando está de espalda á ellas se limpia los ojos y dice ahogado en lágrimas.*)

A mi edad este cariño
que sosegar no me deja!...
¡Pobre de mí! Tú eres vieja.
Oh!... Sí... Pero tú eres niño!

(*Llevándose la mano de la cabeza al corazon. Vanse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



Gabinete octógono en casa de D. Fernando. Hasta la mitad de la altura de la habitacion, estantes de libros; sobre estos, retratos de familia.

Puerta al foro: á la derecha ventana y puerta: la ventana en primer término, la puerta en segundo: da al jardin, al que se baja por una escalinata. A la izquierda chimenea y dos puertas. La ventana cubierta de enredaderas.

Mesa-escritorio junto á la ventana: cerca de la chimenea un velador y dos butacas. Sobre el velador infinidad de libros magníficamente encuadernados y dos jarros de china. Todo el mayor lujo posible.

Al levantarse el telon D. Gabriel estará sentado junto á la mesa hojeando los periódicos, y Rosario cerca del velador, de pié: tiene el delantal lleno de flores, que va colocando en los jarrones.

ESCENA PRIMERA.

D. GABRIEL, ROSARIO.

GAB. ¿Qué haces? (*Dejando de leer.*)
ROS. Estoy adornando
la habitacion.
GAB. Mucho cuidas
de Gonzalo.
ROS. ¡No que no!
GAB. No te he visto tan solícita.
ROS. Como que aquí nadie sabe
que está, á no ser la familia,
D. Cristóbal y D. Victor,

que vienen todos los dias...
Como que el pobre está oculto
sin poder salir ni á misa...
Vea usted... Por haber escrito
unas cosas tan bonitas!

GAB. ¡Hola! conque tú leiste...

ROS. No señor, hablo de oidas...
Yo no sé de letras.

GAB. Bien.

ROS. Y esas cosas prohibidas,
no son de las que me lee
de noche la señorita.

GAB. (Clavado!)

ROS. Y dígame usted:
¿No es una gran picardía
que al pobrecito señor,
tan bueno, tan sin malicia...
le quieran prender? Su libro
tiene de malo ni pizca?

GAB. Sí...

ROS. Pero hay tanto tunante!...
¡Ay!... si yo por solo un dia
fuera hombre...

GAB. Ya lo creo!
Pero con esto te olvidas...
(*Señalándole las flores.*)
de...

ROS. Tiene usted mil razones.
Si me tardára, vendria
don Fernando...

GAB. Y qué?

ROS. No quiere
que entremos aquí. Manías!
Es el señor mas...

GAB. Rosario!

ROS. Perdone usted.

GAB. (¡Oh!...)

ROS. De prisa
voy á acabar. Si viniese...
Dice que la compañía
del señorito Gonzalo
es... ¿cómo dice?... ah! nociva!
que los poetas son hombres
que hacen daño con la vista;
que la juventud está
mas que nunca pervertida,
y que si llegara á ver

aquí á doña Carolina
ó á mí... Jesus! Dios no quiera
que averigüe mis venidas!

GAB. Pero tú á pesar de todo...

ROS. Chist! Esto no es cosa mia.

GAB. Ya!

ROS. No señor. Soy mandada,
y mandan que no lo diga...
Conque...

GAB. Sí. Pero esas flores...

ROS. Es verdad: voy en seguida.

GAB. (Lo quise... y los dos se aman.
¿Por qué siento esta agonía
al saberlo? Vamos... calma.
Seamos hombre.)

ROS. Cómo pinchan!

GAB. Te has lastimado?

ROS. Sí, un poco.

GAB. Toda rosa tiene espinas.
(Eran uno para el otro,
y las personas queridas
de mi alma!... Si son felices
poco me importa mi dicha.
Pero es fuerza que apresure
su union. No sé si tendria
fuerzas para... La amo tanto!
Prohibamos é irá de prisa.
Si hallára un inconveniente
de bulto... Sí, sí. Eso haria
que la llama se aumentase
y....) Rosario!...

ROS. Huy! Malditas!
(*Dejando las flores.*)

GAB. Rosario?...

ROS. Qué manda usted?

GAB. ¿Sabe doña Carolina
lo de don Cristóbal?

ROS. Qué?

GAB. Ese señor que visita
tanto á mi hermano, tan rico...
tan...

ROS. Con tanta tos! Da grima
el oirlo. Y qué hay?

GAB. ¿No sabes
que quiere á tu señorita,
y que ahora debe venir,
segun me ha dicho, á pedirla?

ROS. Jesus! Jesus! Dios nos libre!...
GAB. Ah! conque no lo sabias?
Pues cuenta que es un secreto.
Que no lo sepa ella misma.
ROS. Descuide usted. ¡Ay Dios mio,
con la tos... con las tirillas...
con aquella facha!...
GAB. ¿Y qué?
Pues se casarán. Descuida.
Es millonario, y mi hermano
se alegra...
ROS. ¡Vírgen María!
GAB. Repito que es un secreto:
¿estás? Que nadie...
ROS. Bonita
soy yo para ir á contar...
GAB. Ya lo sé. Pero si chistas...
ROS. ¡Oh! bien sabe usted que yo
no abro el pico ni hecha trizas.
GAB. ¿Por qué guardas esas flores?
(*Viendo un ramo que va formando.*)
ROS. ¡Ah! son para doña Luisa
la de ahí enfrente.
GAB. No sé...
ROS. Sí señor... una que es hija
de un señor de ringo rango.
Pues si es la mejor amiga
de la señorita!
GAB. Ya.
ROS. Y se mandan florecitas
á cada instante... y se quieren...
GAB. Bien. Conque aquello...
ROS. Cosida.
(*Haciendo ademan de coserse la boca.*)

ESCENA II.

Dichos.—VICTOR.

VIC. No está. Señor don Gabriel...
GAB. Adios, Victor. Buenos dias.
¿Se viene á ver al recluso?
VIC. Sí señor. Tambien creia
hallar aquí á don Cristóbal,
á quien hablar me precisa.
ROS. Ah!... Conque usted tambien sabe
que hoy á doña Carolina

viene á pedir?

VIC. ¡Yo!

GAB. ¡Rosario!
Así guardas...

ROS. No sabia...
Como que dijo...

GAB. Silencio!

ROS. Es que...

GAB. No mas.

ROS. Una...

GAB. ¡Chica!

ROS. Al fin...

GAB. Ya que esta imprudente
cuenta lo que es todavía
un secreto para todos,
le exijo que á nadie diga...

VIC. ¡Oh!... Descuide usted.

GAB. Descuido.
(Marcha á las mil maravillas.)
¡Ah! sobre todo á Gonzalo.

VIC. Bien.

CRIST. Señores... (*En el foro á la derecha.*)

ROS. (¡Pobre niña!
Voy á contárselo al punto,
aunque después me despidan.
(*Váse por la puerta del jardin.*)

ESCENA III.

D. GABRIEL, VICTOR, D. CRISTÓBAL.

GAB. Victor le buscaba á usted.
Les dejo pues...

VIC. No precisa.

CRIST. Bien. Pero... ¿Y esa segunda
edicion? (No es mala viña!)

GAB. En mi despacho le aguardo.
Cuando concluyan... No hay prisa.

VIC. No, no. ¿Pero á qué esperar?...

CRIST. Si ahora mismo se podria...
Eso es cosa de un instante.
No hay mas que echar una firma,
y...

GAB. Sí, todo se andará.

CRIST. Yo por usted lo decia.

GAB. Ya lo sé: gracias. Parece
que ansía usted mucho adquirirla?

CRIST. Jem! jem! hoy estoy fatal.
GAB. Sí. Sin duda venderia
bien la primera.
CRIST. Jem! jem!
GAB. ¿Aprieta la tos?
CRIST. Maldita!...
GAB. Aliviarse... y hasta luego.
CRIST. (Este hombre me crucifica.)
(*Vase don Gabriel por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA IV.

VICTOR, D. CRISTÓBAL.

VIC. Usted dirá. Le he buscado
segun su aviso.
CRIST. Es verdad.
Pues al caso, y brevedad,
que tengo el tiempo tasado.
He advertido con dolor,
y cuenta que no es manía,
que el periódico se enfria,
que ha perdido aquel vigor...
aquellas aspiraciones
tan patrióticas, tan santas,
que le daban tantas, tantas,
tantísimas suscriciones.
VIC. ¿Qué quiere usted que le haga?
Yo por mí... (Ya da el quién vive!)
CRIST. Es que como usted lo escribe...
VIC. Es que como usted lo paga!
CRIST. Bien! bien!... pues por eso quiero
salir de este compromiso.
VIC. No me dijo usté: «Es preciso
ser un poco... pastelero?»
CRIST. (¡Maldita memoria!) Sí...
Lo dije... así... entre nosotros...
Pero los tiempos son otros...
y las circunstancias... y...
VIC. Nada, estoy en mi derecho.
¿Ha caido el gobierno?
CRIST. Ya!
Mas se dice que caerá.
VIC. Sí; pero del dicho al hecho...
CRIST. En fin...
VIC. Usted me previene
que me vaya con cuidado.

CRIST. Pastelerías á un lado,
y hablemos como conviene.
VIC. Bien.
CRIST. Los números primero
que nada... así no hay error.
¿Cuál periódico es mejor?
—El que deja mas dinero.
VIC. Eso será para usté.
CRIST. Para todos. Esta es buena!
Si aquí el que no come... cena.
VIC. Señor don Cristóbal!
CRIST. Eh!...
Usté es niño todavía.
Pero ya irá comprendiendo....
VIC. Le advierto que no me vendo,
por si es que esa algaravía
va á parar en que ha vendido
su periódico al poder.
CRIST. Pero hombre por Dios! Vender...?
Pues mire usted, no he caido...
Báh! báh! fuera un insensato.
Yo venderme? Yo! Y lo escucho?
El género abunda mucho
y se paga muy barato.
Oiga usted. Nuestros mayores,
gentes de poco saber,
adulaban al poder,
á los grandes y señores.
Al principio... bien... vivian;
pero tanto en ello dieron,
que al fin los grandes creyeron
que todo lo merecian.
Y ya ve usted, de ese modo
no pensaban en pagar...
El gran arte de adular
se vió perdido del todo.
Pero unos tiempos traen otros,
y estos suelen ser mejores.
Pasaron nuestros mayores...
y aparecimos nosotros.
Gente lista y avisada,
¡eso sí! El mundo rodó,
y la sociedad quedó
á la moderna arreglada.
Ya nadie habló de adular
al poder... nadie queria
bajarse... y era que habia

otra mina que esplotar.
El pueblo! Al mirarlo pobre,
no vieron que era un tesoro,
y que mas que poco oro
vale muchísimo cobre.
Nosotros sí. Ya hombres hechos,
por la mano le tomamos,
y animosos le gritamos:
«Pueblo, tú tienes derechos!
Rompe ese yugo importuno,
ya es fuerza que libre andes,
tú vales mas que los grandes,
tú vales mas que ninguno.
Tú serás lo que quisieres,
no soportes mas cohechos.»
Y al mostrarle sus derechos
(*Con sonrisa maligna.*)
no le hablemos de deberes.
Ya se vé! como no estaba
al incienso acostumbrado,
el pobre pueblo, adulado,
como un príncipe pagaba.
Y así va el tiempo corriendo,
y así va el mundo rodando,
unos pagando... pagando....
y otros comiendo... comiendo....

VIC. No; pero eso es un error;
hay quien como yo defiende...

CRIST. Ese de balde se vende,
y esa es la venta peor.

VIC. Y no vale la conciencia?...

CRIST. Ese dicho estrafalario
no está en nuestro Diccionario,
ni es técnico en nuestra ciencia.
Pero cansarle no quiero.
Volvamos...

VIC. Sí, por favor.

CRIST. Cuál periódico es mejor?
—El que deja mas dinero.

VIC. Adelante.

CRIST. Es necesario,
y ustedes lo arreglarán,
que de hoy mas, sea un volcan
cada línea del diario.

VIC. Puede usted contar conmigo
entre los que mas se arrojen.
Pero como lo recogen...

CRIST. Pues si por eso lo digo!
Seguir mas tiempo no quiero
una rutina engañosa.
Las recogidas, son cosa
que deja mucho dinero.
VIC. No lo acierto á concebir.
CRIST. Es cuestion muy delicada.
¿No le ha enseñado á usted nada
La historia del porvenir?
Ese escritor entusiasta
que hoy tanto se considera,
fué ayer redactor-tijera,
es decir, *papiro-plasta.*
VIC. Y bien?
CRIST. Y bien. Eso mismo
que estamos viendo pasar,
¿por qué no se ha de aplicar,
corregido, al periodismo?
VIC. Aplicar!...
CRIST. Pues está claro.
Creo que el ser recogido
está pronto conseguido.
VIC. Ya; pero eso cuesta caro.
CRIST. Al revés. Al pronto asusta
la idea... Mas...no señor,
ni tan solo un suscritor
se queja... A todos les gusta.
Esta conducta es tan noble!...
Pero dirá usté, y se funda,
«habrá que tirar segunda
edicion, y el gasto es doble.»
Pues al revés. Oh! Si á pasto
las pudiera yo tomar!
Cada una me viene á ahorrar
casi la mitad del gasto.
Del número que se intenta
que recojan, no millares,
sino algunos ejemplares
se tiran, unos cuarenta.
Luego, con saña cruel,
á cargar con ellos vienen...
Todos lástima me tienen;
pero yo me ahorro el papel.
Bien sé que usted me dirá,
para matar mi alegría:
«¿Y la otra edicion?» Se haria...
Pero si es tan tarde ya!...

Y cuando, por compasion,
á los pobres suscritores,
que á ello son acreedores,
demos segunda edicion,
el número encabezad
con: «Nuestro número ha sido,
hace poco, recogido
de órden de la autoridad.
Dispensen nuestros lectores
si no se reparte presto,
más pierde la empresa en esto
que los mismos suscritores.
A pesar de lo que cuesta,
segunda edicion hacemos.
¿Pero asegurar podremos
que llegue á sus manos esta?
Cumplida indemnizacion
daremos que al mundo admire,
cuando el poder no nos mire
con tanta predileccion.»

VIC. Sus intentos, aunque malos,
por útiles los tolero.
De hoy mas dará *El Noticiero*,
no noticias, sino palos.

CRIST. Corriente. Muy bien.

VIC. Ah! Hablando
de estas cosas, me olvidé
de su encargo. Tome usté.
(*Dándole unos papeles.*)

CRIST. Ah! ya! lo de don Fernando.
(*Se los guarda con mucho misterio.*)

ESCENA V.

VICTOR, D. CRISTÓBAL, GONZALO.

VIC. Gonzalo!

GON. Adios. Don Cristóbal...?
Mi tio ha ido á consultarme
sobre la venta, y le he dicho
que con usted lo arreglase.

CRIST. No quiero hacerle esperar.
Conque...

VIC. Adios.

CRIST. Voy á buscarle.
(Si va á presidio... se venden
ocho ó diez mil ejemplares.)

ESCENA VI.

GONZALO, VICTOR.

(*Los dos siguen con la vista á don Cristóbal hasta que desaparece.*)

GON. Vamos. ¿Qué hay de nuevo?
VIC. Nada.
GON. Dí: no temas afectarme.
Mi causa se ha empeorado?
VIC. Ya no puede empeorarse.
GON. Me condenan.
VIC. Es lo mismo.
GON. Cómo?
VIC. Piensan condenarte.
GON. Bien.
VIC. Por qué te pones triste?
GON. Quién? Yo triste? Es mi carácter.
VIC. Sí...
GON. Para que no me prendan,
buscar yo mismo la cárcel!
Bello porvenir!
VIC. Por qué?
Tú no pisabas la calle.
GON. Sí; pero la libertad...
VIC. No la aprovechabas antes.
GON. Es que entonces no queria
y ahora no puedo.
VIC. Contrastes.
En fin, ánimo y...
GON. Sí, ánimo.
Esto tiene que acabarse.
Seguir así es imposible:
mi vida, tú bien lo sabes,
es una historia de lágrimas
que toca á su desenlace.
Ay! qué pronto trascurrieron
aquellos dias fugaces,
que en nuestra pobre buhardilla
vimos correr sin pesares.
VIC. Sí! Tristes... Casi sin pan...
No tienes por qué quejarte.
Has adquirido importancia;
se habla de tí en todas partes;
España entera te admira;
has remediado á tu madre

y á mí... Sin contar con que
aquí vives á lo grande.

GON. Mejor que en jaula dorada
canta el pájaro en sus árboles.

VIC. De algun cautivo refieren
nuestros antiguos romances,
que una sultana le hizo
el cautiverio agradable.

GON. La veo tan poco... Y mira,
mas que nada, eso me trae...
Si me olvidará... Ella sola,
sola ella y mi pobre madre,
pueden hacerme que crea
la existencia soportable.
Tú estas viendo lo que sufro:
sobre mí todos los males
van cayendo... Oh!... Sin ellas!...
Salir de este mundo es fácil.

VIC. ¡Gonzalo!

GON. Mas de una vez
vino esa idea á halagarme.

VIC. ¡Por Dios! No me hables así.

GON. La vida es un fuerte cable
compuesto de muchos hilos
que uno á uno se deshacen...
Solo dos quedan del mio.
Cuando uno de ellos me falte,
un soplo romperá el otro
y acabarán mis pesares.

VIC. Pero Carolina...

GON. Victor!
Si es que no quieres matarme...
Si me amas... si eres mi amigo,
no la mires... no la hables...

VIC. Cómo! celos... y de mí?

GON. Tenme lástima y compláceme.

VIC. Bien; pero...

GON. Te has ofendido?
No pensé...

VIC. Qué disparate!
Voy á ver si algo averiguo
sobre tu causa.

GON. Un instante.

VIC. Entre tanto no sospeches
de quien como yo te ame.
Sospecha de don Cristóbal.

GON. Qué dices?

VIC. Faltar me haces
á un secreto. Hoy venir debe
á pedirla.
GON. Tú lo sabes?...
VIC. Sí. (No mirarla... ¿y por qué?
Ridiculez semejante!...)
(*Al salir Victor se encuentra con D. Fernando. Le saluda, y D. Fernando le contesta con sequedad.*)
VIC. Señor don Fernando...
FER. Adios!

ESCENA VI.

GONZALO, D. FERNANDO.

GON. Tio!
FER. Siempre que aquí entro
á tu lado me lo encuentro.
Siempre reunidos los dos.
GON. Victor...
FER. Jóven escelente...
¡buena cabeza á fé mia!
Por lástima lo tenia
don Cristóbal de escribiente.
GON. Cómo?
FER. Vas á decir que él...
y tú, escribís... Bah! bah! bah!
No se me engaña á mí ya
como á mi hermano Gabriel.
Cuatro renglones cortados...
versitos... eso sí hareis...
Mas vosotros qué entendeis
de los negocios de estado?
GON. Mi editor quizás... Presiento
que él le ha dicho...
FER. Aprende de él,
cómo escribe su papel!
Qué cabeza! qué talento!
GON. Sí...
FER. Búrlate. Ya cualquiera
de vosotros eso haria!
Qué juventud la del dia!
Si esto en mis tiempos se viera!
A ese jóven, te prevengo
que encontrar no quiero aquí,
tengo una pupila, y...
demasiado que hacer tengo

contigo... temiendo verme
la justicia en casa. Hay quien
nunca me ha querido bien,
y eso bastara á perderme.

GON. ¡Oh!

ESCENA VIII.

GONZALO, FERNANDO, ROSARIO.

(*Rosario sale corriendo por el foro derecha riendo á carcajadas; trae en la mano varios periódicos y cartas.*)

ROS. Já! já! já! (D. Fernando!)
FER. ¿Qué busca usted?
ROS. Yo venia...
(*Señalando á la habitacion de don Gabriel.*)
FER. Esas risas...
ROS. Me reia...
FER. Hable usted. Yo se lo mando.
ROS. Es que...
FER. Vamos!
ROS. Diré á usté:
don Cristóbal...
FER. Lo que fuere.
ROS. Me han dicho que pedir quiere
á la señorita.
FER Y qué?
GON. (¡Dios mio!)
ROS. Yo...
FER. Quizá fuera
eso hacerla algun agravio?
Es maduro, rico, sabio...
Pues ella qué mas quisiera?
GON. ¿Cómo?
FER. No es ningun *galan*...
de esos... Mas, ¿qué hace usté aquí?
ROS. Nada... me voy...
GON. (¡Ay de mí!)
ROS. (Qué señor tan raro y tan...) (*Marchándose.*
GON. Conque usted la casa! ¡Y con...
FER. Hasta ahora nada me ha dicho,
y tal vez sea un capricho
de esa chica; una ilusion.
GON. No, no; ¡es verdad!
FER. Ojalá!
Pero él viene. Dejanós.
GON. Son tan distintos los dos,

que usted no consentirá...

FER. Cuando yo un camino tomo,
no sufro que se me arguya.

GON. (Esto es fuerza que concluya.
El cómo... ¡Dios sabe cómo! (*Marchándose.*)

ESCENA IX.

D. FERNANDO, D. CRISTÓBAL.

CRIST. Hola!

FER. Le esperaba á usted.

CRIST. Tenemos que hablar despacio.

FER. (¡Era cierto!) Cuanto guste.
Sentémonos.

CRIST. Aceptado.
Su discursito de usted...
(*Dándole los papeles que tomó de Victor.*)

FER. Hombre! Le habré dado un rato...

CRIST. No señor, si eso no es nada;
si no me cuesta trabajo.

FER. Cómo podré yo pagar...

CRIST. Con que agrade en el Senado,
y con que aplaudan á usted,
estoy satisfecho.

FER. Vamos...
que yo sé que usted aspira
á otro premio.

CRIST. Ni pensarlo.
Apréndaselo usted bien.

FER. Mucho costará: es tan largo...

CRIST. El último que le hice
estuvo muy bien parlado.
Tiene usté una gran memoria!
Yo hablaria en el diario
de usted con toda mi alma;
¡pero eso sale tan caro!

FER. ¿Cómo?

CRIST. Si me lo recogen...
Usted es tan incendiario...
Y una recogida es cosa
que me cuesta tanto... tanto!

FER. Eso corre de mi cuenta.

CRIST. (Pues señor, vamos pescando.)
Hombre, no, no!

FER. Usted me ofende.

CRIST. Entonces, acepto.
FER. Al grano.
CRIST. A ver! Déme usté el discurso... (*Tomándolo.*)
Tal vez no estará muy claro.
El chico que lo escribió...
¡jem! ¡jem! que me lo ha copiado,
tiene una letra tan...
FER. Bah!
Ya entiendo esos garrapatos.
Conque vamos al asunto.
CRIST. Como á usted le plazca. Vamos.
FER. ¿No tiene usted que decirme
nada? (*Despues de una pausa.*)
CRIST. Yo? Estoy aguardando.
FER. (Quiere que le abra camino.)
Hable usté ya sin cuidado.
CRIST. Pero qué he de hablar?
FER. Pues hombre,
así podemos estarnos.
Lo sé todo.

(*Rosario sale de la segunda habitacion de la izquierda y se dirige de puntillas hácia el foro, despues de mirar á D. Cristóbal y hacer un gesto.*)

CRIST. Todo!
FER. Sí.
Y lo apruebo y me es muy grato.
CRIST. Bien. Mas si usted no se esplica...
FER. Teme usted aun declararlo?
CRIST. No, no. Es que no entiendo jota...
FER. De las frases de estos casos...?
No importa. Ya le he entendido.
CRIST. Pero...
GAB. Timidez á un lado.
Se la doy á usted.
CRIST. Tantísimas...
(En el tomar no hay engaño.)

(*Despues de encogerse de hombros y de mirar fijamente á D. Fernando.*)

GAB. Hola! Aun está usted aquí?
CRIST. Me marchaba...
GAB. Adios, Fernando.
FER. Adios.
GAB. Tenia que hablarte...
CRIST. Yo ya he dicho que me marcho.
Volveré.
GAB. Adios.
FER. Hasta luego.

CRIST. (Qué será lo que me ha dado?)

ESCENA X.

D. GABRIEL, FERNANDO.

GAB. Ay! *(Apoyándose en un sillon.)*
FER. Qué tienes? Estás malo?
GAB. No sé qué pasa por mí.
FER. Pero qué sucede... dí?
GAB. Que han condenado á Gonzalo!
FER. Cómo? Gran Dios!
GAB. Su pesar
partes, hermano, conmigo?
Qué injusto he sido contigo!
No me debes perdonar.
FER. Pero... esplícate...
GAB. Imbuido
en un plan que me ha fallado,
yo su mal he procurado,
yo, insensato, le he perdido.
Su libro hice denunciar
porque importancia adquiriera,
y así fué... Mas quién creyera
que le iban á condenar!
FER. Oh! no, no; pues si eso pasa,
tomar un rumbo es preciso...
Yo no acepto el compromiso
de tenerle oculto en casa.
Condenado! No, no.
GAB. Ah!
Eres siempre el mismo.
FER. Sí!
Mira cómo me vá á mí;
mira á tí cómo te vá.
GAB. A mí?... Ah...! Llegará un dia
en que los remordimientos
amargarán los momentos
postreros de tu agonía...
Jóven apenas, tu ciencia
se cifró en atesorar,
y así sigues, sin pensar
que existe una Providencia.
Pronto oirás tu hora fatal;
tu vida pende de un hilo...
y no morirás tranquilo,
porque has hecho mucho mal.

Vivir de placeres lleno,
con laureles, con amor,
con riquezas... Sí señor!
todo eso es bueno, muy bueno...
Mas cuando la senectud
viene con sus desengaños;
cuando terribles los años
nos llevan al ataud;
entonces, adios honores...
adios falsos oropeles,
adios mentidos laureles,
adios riquezas y amores.
El alma sufre abatida
por desengaño profundo,
y todo el oro del mundo
no da un minuto de vida.
No hay quien prolongarla pueda;
solo se goza una vez.

FER. Y entonces, en la vejez,
qué nos queda?

GAB. Qué nos queda?
Amor, ilusiones, gloria,
al jóven no sobreviven;
pero los recuerdos viven
para el viejo en la memoria.
Los hay que oprimen el pecho;
que el corazon nos maltratan;
que el sueño quitan; que matan...
son los del mal que hemos hecho.
Oh!... pero los hay tambien,
que de dulcísima calma
henchida dejan el alma;
son los recuerdos del bien.
Quedan dichas inefables
que nunca el tiempo aniquila;
una conciencia tranquila,
unas canas venerables.
Quien quiera en la senectud
con los recuerdos gozar,
que no se tenga que echar
en cara su juventud.

FER. Bien, bien.

GAB. Yo me satisfago
en este trance fatal
con pensar, que si es un mal,
es el primero que hago.
Mas tú...

FER. Palabras acorta.
Mi designio he dicho ya.
GAB. Si le echas, adónde irá?
FER. Y eso á mí... qué se me importa?
GAB. Ah!... Pues que lo quiere Dios,
y tu pecho no se humana,
y eres tan... Nada... Mañana
saldremos de aquí los dos.
FER. Bien.
GAB. Bien. Así como así...
el mundo es ancho... aire y pan
en él no nos faltarán;
á mas... por no verte á tí...
FER. Adios. (*Bruscamente.*)
GAB. Adios. (*id.*)
FER. Mira, yo... (*Volviendo.*)
no he dicho... (*Dulcificando la voz.*)
GAB. Déjame ya.
FER. Estás triste!...
GAB. Triste? Bah!...
Estoy muy contento! Oh!
(*Al ver desaparecer á D. Fernando, dice* ¡Oh! *entregándose á su dolor, apoyándose en un mueble.*)

ESCENA XI.

D. GABRIEL, CAROLINA.

(*Sale por la puerta que da al jardin. Momentos antes la habrá entreabierto, y al ver á D. Fernando la cierra rápidamente.*)
CAR. Se fué ya?
GAB. Estabas ahí?
(Que no conozca...)
CAR. Creia
hallar á usté aquí, y venia
á hablarle... Pero le ví,
y como nos ha prohibido
que entremos...
GAB. Bien le conoces.
CAR. Pero ustedes daban voces.
Qué es lo que pasa? Han reñido?
GAB. No.
CAR. Yo tenia un temblor...
GAB. Es natural.
CAR. Ya lo creo.
GAB. Sí, la emocion... el deseo

de verle...

CAR. Ay! no señor.
Habiéndome usted prohibido...

GAB. Por lo mismo. Es natural.

CAR. No, no: yo...

GAB. Finges muy mal.

CAR. Pues si usted lo ha conocido,
y sabe usted que le dí
entero mi corazon,
téngame usted compasion,
no se burle usted de mí.
¡Por Dios! Si usted no me diera
el consuelo por que vengo,
no sé qué haria.. No tengo
en el mundo quien me quiera.

GAB. ¡Carolina! Hija!

CAR. ¡Por Dios!

GAB. Dispon lo que mas te cuadre.
No tienes padre ni madre;
yo te querré por los dos.
Vamos. ¿Qué hay?

CAR. ¡Qué ha de haber!

GAB. Pero templa ese pesar.
¡Habla!

CAR. Me quieren casar...
y eso... eso no puede ser.

GAB. ¡Bah! No te apures. Si yo...
(¿Qué es lo que voy á decir?)
Yo lo lograré impedir.

CAR. Ay! bien sabe usted que no.

GAB. Pero... (Yo no sé qué hacer
si decirle...) Vamos, vamos,
verás cómo lo arreglamos.

CAR. Usted espera obtener...

GAB. Cuando te digo...

CAR. ¡Qué escucho!
Todo en sus manos lo dejo.
Es usted...

GAB. Un pobre viejo;
pero que te quiere mucho.

ESCENA XII.

D. GABRIEL, CAROLINA, ROSARIO.

ROS. Señorita, ya ha salido
el señor. Va como malo. *(Sale por el foro.)*

GAB. Mira. Vé y llama á Gonzalo. (*A Rosario.*)
(El secreto consabido
puedes ya contar.
ROS. Sí? bien!)
(Voy en menos de un segundo
á decirlo á todo el mundo.
¡Ay! si ya no tengo á quién!)
(*Váse por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

D. GABRIEL, CAROLINA.

GAB. Ea! cálmate un instante.
Él, que tanto lo desea,
es preciso que te vea
alegre, risueña, amante.
CAR. Sí: lo estaré.
GAB. El pobre anda
tan triste... tan circunspecto...
Vamos! que vea en tí afecto.
CAR. Bueno, si usted me lo manda...
(*Con gazmoñería.*
GAB. Qué obediente!

ESCENA XIV.

D. GABRIEL, CAROLINA, GONZALO.

GON. Carolina!
CAR. Gonzalo!
GON. Estaba usté ahí?
GAB. Me iba ya.
CAR. Tan pronto!...
GAB. Sí.
CAR. Si usted tal vez imagina...
que su presencia...
GAB. Qué! no.
Ah!... Qué memoria tan pobre!
Esta carta, con el sobre
á mí, te han traido. Yo
no he hecho nada mas que abrir...
GON. Quiere usted callar...
GAB. Adios...
Vuelvo en seguida. (Gran Dios,
cómo les voy á decir...)
(Oye. Con él un momento (*A Carolina.*)

tengo que hablar... mas no hay prisa;
estás? al salir, avisa.

CAR. Bien...)

GAB. (Me mata el sentimiento!)

(*Váse por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XV.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. Qué tienes?

GON. Nada, te via
y dudaba de que fuera
tanta dicha verdadera.

CAR. Siempre esa melancolía!

GON. No es estraña á la verdad,
ni debe darte sorpresa...
Ya sobre el alma me pesa
esta horrible soledad.

CAR. Oh!... si te entregas así
á la desesperacion...
Busca alguna distraccion.
Mira, mira: desde aquí,
como alivio á tus dolores,
nuestro jardin se divisa.
Todo en él respira risa!
Cuántas y cuán bellas flores!

GON. Espejo de mi fortuna,
tambien desde aquí estoy viendo
árboles que van perdiendo
sus hojas una por una.
Seco viento los asola
en sus revueltas mudanzas...
Así van mis esperanzas!...
Ya no me queda una sola.

CAR. Por qué dices eso?... Oh!...
Otras veces te creias
feliz cuando me veias...
Ese tiempo... ya pasó.

GON. No, no, Carolina.

CAR. Sí.
Cuando se siente esta llama
cerca de lo que se ama,
no se está, Gonzalo, así.
Pechos de amor puro llenos
rechazan las penas fieras.
Para quien quiere de veras,

todo lo demás es menos.
No tendré yo algun dolor
que me ocupe como á tí?
Pues qué es lo que ves en mí?
Amor y tan solo amor.

GON. Ah!... ¿si por eso no fuera,
si ese amor no me alentara,
contra mi estrella luchara
y en este mundo estuviera?

CAR. Pues bien. Si ese sentimiento,
como á mí te arrastra y lleva,
ya es fuerza ponerlo á prueba,
porque ha llegado el momento.

GON. ¿Qué quieres decir?

CAR. ¿Te acuerdas
de aquel dia en que fuí á verte
tapada, sin conocerte?

GON. Que si me acuerdo?

CAR. ¿Y recuerdas
cuánto amor te he prodigado
desde entonces?

GON. Si lo vieran
los ángeles, me lo hubieran
desde su cielo envidiado.

CAR. Pues esa pobre mujer
cuyo afecto en tanto tienes,
que nunca soñó mas bienes
que hacerse de tí querer;
esa que supo encontrar
consuelo para tu llanto,
esa que te quiere tanto,
te la van á arrebatar.

GON. Lo sé, lo sé!

CAR. Y eso trunca
toda tu esperanza ya?

GON. Ninguna me queda.

CAR. Ah!
Tú no me has querido nunca!

GON. Carolina!

CAR. Si me amáras,
si como siento sintieras,
tu suerte á mi suerte unieras
y por ambos la arrostráras.

GON. Si una corona de rey
sobre mi frente tuviera,
á tus plantas la rindiera.
Pobre y fuera de la ley,

no me uniré yo jamás
á tí, rica y envidiable,
con mi suerte miserable.

CAR. No mas, Gonzalo, no mas.
Te amé con el puro ardor
de un pecho que no ha querido...
Tú mi amor no has comprendido.
Ya es humo todo ese amor.
Para él, tan grande y profundo,
conveniencias de un instante...
¿Qué importan á un pecho amante
esas miserias del mundo?
Nunca podreis comprender
los que os bajais á la tierra,
cuánto de sublime encierra
el amor de una mujer.
Nunca su célico encanto,
que acaso adorais de hinojos,
penetrarán vuestros ojos...
Sois muy poco para tanto!

GON. Mas...

CAR. Fuí de tu afecto en pos.
¡Qué presto cayó esa venda!

GON. Nada he dicho que te ofenda.

CAR. Nada existe entre los dos.
Adios. Ya no te veré;
ya no volverás á hablarme...
Mi tutor quiere casarme,
y yo... yo no me opondré.

GON. Oh!... Calla, calla por Dios!

CAR. Sí, no esperes que lo sienta;
iré al altar muy contenta,
muy alegre... muy... Adios.
(*Váse por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XVI.

GONZALO.

Carolina!... Pero no.
Es inútil; no me ama.
A este afan vida se llama?
Tras esto corremos?... Oh!
La última ilusion perdida,
el mal por do quier avanza.
Este adios á la esperanza
será un adios á la vida?

Puede ser. Si de ella salgo
quizá acabe de sufrir...
Sí... Tan jóven y morir!...
Será lástima! Aquí hay algo.
(*Llevándose la mano á la frente.*)
El mundo todo su encono
ceba en mí con saña fiera,
y hallo solo por do quiera
llanto, tristeza, abandono.
¿Qué me queda? El cielo! El cielo
que de cuanto amé me aparta!...
Ah!... lo olvidaba. Esta carta
tal vez encierra un consuelo.

«Hijo: he sabido por tu tio Fernando la vida desordenada que llevas: tambien me han hablado de ese libro que has escrito y que te han prohibido, porque en él atacas cuanto hay de santo sobre la tierra. ¿Te has propuesto matar á tu pobre madre, ó crees tal vez que son pocas las lágrimas que ha derramado en este mundo?»

Ay...! Todo estaba muy bien;
yo lo hubiera soportado...
Pero esto es ya demasiado!...
Madre! madre! Tú tambien!
Esa idea que cruzar
(*Sacando del pupitre una caja.*)
siento agradable y riente
por mi dolorida mente,
pronto se va á realizar. (*Abriéndola.*)
Reposo y horas serenas...
Sí, sí... Silencio profundo.
(*Acariciando una pistola.*)
Ven, ven con tus penas, mundo.
Yo me rio de tus penas.
Sí, sí, no vacilo ya...
de un lado este horrible infierno,
del otro... reposo eterno...
Yo quiero el reposo!

GAB. Ah!

ESCENA XVII.

D. GABRIEL, GONZALO.

(*D. Gabriel se presenta en la segunda puerta de la izquierda, en el momento en que Gonzalo amartilla la pistola, y se lanza á él; pero de pronto se detiene y avanza lentamente afectando tranquilidad.*)

GON. (Dios mio!)

GAB. Qué haces ahí (*Con voz apagada.*)

tan triste y meditabundo?

GON. Lloro el estar en un mundo
que no es, señor, para mí.

GAB. Que no es para tí? Y por qué?
Sabes lo que en él te espera?

GON. Ojalá no lo supiera!

GAB. Ah!... tú lo sabes?

GON. Lo sé.

GAB. Arranca del corazon
ese escepticismo amargo,
y no hagas al mundo un cargo
de tu desesperacion.
Tal vez de hacerla cesar
medios no habrás arbitrado;
tal vez aun no has trabajado
lo que debes trabajar.
Es muy cierto que acá abajo
la injusticia es cosa vieja;
mas raras veces se deja
sin recompensa el trabajo.
Cuando hasta los cielos sube
opaca niebla que hiela,
y del sol los rayos vela
una nube y otra nube,
lucha su vivo arrebol
con las nieblas apiñadas,
y al fin, las nubes rasgadas,
brilla en el oriente el sol.

GON. Y bien?

GAB. Si brillar mereces,
y sabes rasgar las nubes,
verás como al cielo subes.

GON. Lo he intentado muchas veces.

GAB. Has atravesado el mar
á remo con tu barquilla,
tocas la anhelada orilla,
¡y te cansas de remar!
Marinero que al acierto
la fé y constancia no aduna,
ni en el mar tendrá fortuna
ni anclará nunca en el puerto.

GON. Fuerzas sobráronme y brios
ayer: valiente he luchado:
hoy, mi barca se ha estrellado
del mar contra los bagíos.
Ya no espero: ¡necio fuí!
En mi existencia ignorada

¿qué debo yo al mundo? Nada.

GAB. Y qué te debe él á tí?
Pretendes que te admirara,
con afan loco é intenso,
y que te rindiera incieso
solo por tu buena cara?
Bravo! Me cansa en verdad
escuchar de varios modos
siempre en la boca de todos:
«¡El mundo!» «¡La sociedad!»
«¡Si los hombres fueran otros!»
Y en cualquier pesar profundo
echamos la culpa al mundo...
¡y la tenemos nosotros!

GON. Si es mia, mis ojos ven
males que no se corrigen.
Cortando el mal en su orígen
no padeceré.

GAB. Bien!... bien!
Tambien tu mente atrevida
voló á remotas esferas,
y te hizo creer que eras
dueño de tu pobre vida?
Creiste bien! Te concedes
un derecho muy fundado.
Es tuya... tú te la has dado...
y tú quitártela puedes...
Muy bien hecho me parece...
¿quién te lo puede evitar?
Qué cuenta tienes que dar
de lo que te pertenece?
Es larga... la quieres corta...
Haz lo que mejor te cuadre.
El cielo... el mundo... tu madre...
yo... bah! bah! y eso ¿qué importa?
Insensata algarabía,
que sin cuidado te deja.
Tu madre!... la pobre vieja!...
pse!... que llore!

GON. Madre mia!
(*Dejando caer la pistola.*)

GAB. Pensar en eso no es justo
si te produce algun mal...
Claro está... lo principal
es salirte con tu gusto!
No has pensado así? No es cierto
que comienzo á adivinarte?

Pero al pensar en matarte,
dime... ¿cómo no te has muerto?
¿Cómo has pensado con calma
en lo horrible de ese hecho?
Tan duro tienes el pecho?
Tan seca tienes el alma?

GON. Mi vida, de desengaños
es una eterna agonía.
Que lloren un solo dia...
yo he llorado muchos años.

GAB. Oh!... no te detengo ya.
Concluye tu infame obra.
Sí, si, la razon te sobra,
nadie te lo impedirá.
Mátate! Ya á conocerte
llegué... ya te he conocido.
Ya cual tú, estoy convencido
de que mereces la muerte.
El que necio se cansó
con la suerte de luchar
y sobre otros quiere echar
las penas que Dios le dió...
aquel que porque así cuadre
á su egoismo absoluto,
no teme llenar de luto
á su vieja y pobre madre...
el egoista profundo
que tan á sabiendas yerra,
está demás en la tierra!
debe echársele del mundo!

GON. ¡Gran Dios!

GAB. No eleves tus preces
al Dios que airado te mira.
Toma la pistola y tira.
¡Mátate! Bien lo mereces.

GON. ¡Oh!

GAB. No hay tribunal humano
que castigue tu malicia,
y el crímen pide justicia...
Hazla por tu propia mano.
¡Tiemblas! El dolor embarga
ese corazon de roca
al escuchar de mi boca
la verdad seca y amarga...
Con razon muy suficiente
pasa por cosa sabida
que es un cobarde el suicida.

GON. El suicida... ¡es un valiente!

GAB. Ni aun el que mas le denigre
dudar tal cosa debió,
porque... ¿A quién se le ocurrió
tachar de cobarde al tigre?
¡Tigre, sí! Solo este nombre
horrible le puedo dar.
Quien goza en hacer llorar,
no tiene entrañas de hombre!
Quién?... Quién en tanta querella
decir puede sin error:
«Yo muero como una flor...
mi vida no deja huella?»
Quién clamará sin mentir
en ese instante postrero:
«Solo viví... solo muero...
á nadie doy que sentir?»
Quién, cuando infame sucumba
á esa tentacion, dirá:
«Nadie á derramar vendrá
una lágrima en mi tumba?»
Ninguno! Mentira! En tanto
que así el hombre juzga y yerra,
no hay un sepulcro en la tierra
que no se riegue con llanto.
Oh!... Solo en esto al pensar
ya de mis ojos se exhala...
La humanidad no es tan mala
como la quieren pintar!

GON. Perdon!

GAB. Á mis brazos ven!

GON. Ay!

GAB. Tu espíritu serena.

GON. Yo sucumbiré de pena...
pero... ¡luchando! (*Sumamente conmovido.*)

GAB. Hijo, bien!

GON. Sí, quiero antes de exhalar
alegre el postrer aliento,
tener siquiera un momento
en que pueda respirar.
Quiero para mi consuelo,
si es que lo hay ya para mí,
ver la casa en que nací,
tender la vista á aquel cielo,
y lanzar mi último adios
á la tumba de mi padre...
y dar un beso... ¡á mi madre!...

y morir... ¡creyendo en Dios!

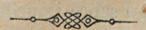
GAB. Bien! Así te quiero, así.
Animoso y denodado.
Há poco te han condenado;
hoy nos arrojan de aquí...
Qué importa!.. Pena ninguna
rinde mi valor fecundo.
Vámonos por ese mundo.

GON. Sí.

GAB. Dios nos dará fortuna.
Ningun pesar aniquila
al que lo arrostra de lleno
con el corazon sereno,
con la conciencia tranquila.
Invoca ese santo nombre
como humillado le invoco.
Quien á Dios no ve, es un loco;
quien no tiene fé, no es hombre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



Decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, ROSARIO.

(*Rosario aparece en escena: Carolina, entreabriendo la puerta del foro, registra la habitacion con una mirada, y baja de puntillas hasta donde está Rosario*)

CAR. Cómo está?
ROS. Mejor.
CAR. Ay! gracias
á Dios! Apenas lo creo.
ROS. Ya se ha levantado.
CAR. Sí?
ROS. Dentro de poco, tan bueno.
CAR. De veras? Estoy tan... Vamos.
Esto me parece un sueño...
un... Como he sufrido tanto!
Mira: si él hubiese muerto...
yo no sé... me vuelvo loca,
ó de la pena me muero.
ROS. Y con razon! Mire usted,
ir á matarse de intento
por su amor de usted!
CAR. Dios mio!
Tan jóven! Con tanto ingenio!
ROS. Y tan guapo. ¡Ay! Quién tuviera
uno así!
CAR. Qué amor tan ciego!
ROS. Pues sana por un milagro.
CAR. Ya sé que al pronto creyeron
que tras de aquella emocion
era imposible el remedio.

Yo tuve la culpa!

Ros. Bah!
No se apure usted por eso.
Ya está fuera de peligro...
Lo malo, segun el médico,
es que no pueda marcharse
á su país al momento.
Como que tiene que estar
escondido y como preso!

Car. Oh!... no, yo sabré impedirlo.

Ros. Usted!

Car. Yo.

Ros. Cómo?

Car. Muy presto
lo verás. Sí... Estoy resuelta.
Vamos á salir. *(Con resolucion.)*

Ros. Bien; pero...

Car. Sin que lo sepan.

Ros. Jesús!
Aventurita tenemos?
Recuerde usted cuántos sustos
nos costó la otra. Aun tiemblo!...

Car. Nada me disuade.

Ros. Mas...
Si se enteran...

Car. Nada temo.
Sé que puedo serle útil...
Poco me importa á qué precio.

Ros. Hace usted bien.

Car. Le amo tanto!
Desde que ha caido enfermo
está tan interesante,
tan pálido, tan... Y eso
le da un tinte melancólico,
un no sé qué de poético...
Mira de un modo tan triste,
habla con un desaliento,
que... yo no sé cómo ha sido,
pero mas que á mí le quiero.

ESCENA II.

CAROLINA, ROSARIO, VICTOR.

Ros. Chist! *(Viendo entrar á Victor.)*

Vic. (Ella!)

Car. Adios.

Vic. Señorita...

Ros. (Vámonos?
Car. Sí, sí: al momento.)
Vic. Usted tan buena?
Car. Sí. Gracias.
Vic. Y nuestro querido enfermo?
Ros. Tan famoso.
Car. Ahora saldrá.
Vic. Doy á usted mi...
Car. Lo agradezco.
Pero... está usted triste.
Vic. Yo!...

ESCENA III.

Carolina, Rosario, Victor, Gonzalo.

Car. Gonzalo!
Vic. Cuánto celebro...

(*Gonzalo da algunos pasos hácia Carolina; pero de pronto se detiene, le dirige una mirada severa, y se dirige á Víctor: despues saluda á Carolina con mucha frialdad, y estrecha la mano á Víctor con efusion.*)

Gon. Victor! Victor! Señorita...
Car. (Señorita!)
Vic. Conque... bueno?
Gon. Sí.
Vic. Bien.
Gon. No pensando en nada,
dejando á un lado esos sueños
que hacen sucumbir al hombre
que farsa solo ve en ellos,
se goza, y se vive, y se...
Car. (Bien merecido lo tengo!)
Gon. (Lo siente!) Amor, porvenir,
gloria! Bah, bah! Sueño, sueño!
Vic. (Gonzalo! (*Por lo bajo.*)
Gon. Calla.) He soñado...
ahora á la vida despierto.
No mas amores que matan,
no mas llanto... he sido un necio.
Vida nueva.
Ros. (Señorita! (*Llorosa.*)
Car. Calla!)
Vic. (Gonzalo!
Gon. Silencio!)
Alegría, y risa, y... nada:
me he visto ya casi muerto;
y pues Dios quiere que viva,

gozar de la vida quiero!
No digo bien?
CAR. Yo... (Dios mio!)
GON. (Que no mire mis tormentos!)
La vida es hermosa, cuando
no la agitan mas deseos
que los placeres. Oh! sí...
El mundo es bello, muy bello!
Piensa usted lo mismo?
CAR. Yo...
(Oh!...) Serénate... Ese acceso
te puede hacer mal.
GON. Mal? Bah!
Lo que aquí hace mal es... esto.
(*Llevándose la mano al corazon con dolor. De pronto cambia de tono, y dice con ligereza.*)
No... no... eso no va conmigo,
porque yo aquí... nada tengo.
ROS. Vamos. (*Ahogada por el llanto.*)
CAR. Sí. (Aunque no me quiera,
que sepa cuánto le quiero.)
Adios.
GON. Se va usted... Tan pronto?...
CAR. Sí...
GON. Pues... adios. (*Con mucha indiferencia.*)
CAR. (Lo merezco.
Oh!... logre yo libertarle
y... aunque me aborrezca luego.)
Adios.
ROS. (Señorita!
CAR. Calla!
ROS. Pero...) (*Rompiendo á llorar. Vanse.*)
VIC. (Gonzalo!
GON. Silencio!
VIC. No estás viendo lo que sufre?
GON. No ves... que me estoy muriendo?)

ESCENA IV.

GONZALO, VICTOR.

VIC. Esplícate.
GON. No comprendes?
VIC. Francamente te confieso...
GON. La quiero... mas que á mi vida.
VIC. Y la tratas con despego?
GON. Es necesario que oculte

los terribles sufrimientos
que estoy pasando con este
mal correspondido afecto.
No quiero, no, que se goce,
cual se gozó en mi tormento:
no quiero que...

VIC. ¡Pobre niña!
¡Calla! ¿No has estado viendo
cómo asomaban las lágrimas
á sus ojos hechiceros?
Si cual yo la hubieses visto
cuando te hallabas enfermo,
con el tierno amor de un ángel
velar tu agitado sueño
y comprender tus miradas
y adivinar tus deseos...
Oh!... no mereces, Gonzalo,
amor tan grande y sincero.

GON. Háblame así... ¡que lo crea!...
Amar, Victor, es el cielo;
no haber amado, es el limbo;
dejar de amar, el infierno.

VIC. Dios mio!

GON. Sí, háblame de ella.

VIC. ¿Quién no daria contento
cien vidas por ese amor
que tú miras con desprecio?

GON. Victor!

VIC. (Oh!...) Ves? Hasta yo
me exalto y... já! já! Parezco
mas que tú el enamorado...
Já! já!... Hablaba con un fuego...

CRIST. Caballeros! (*Presentándose en el foro.*)

VIC. Don Cristóbal!
(Un punto mas... y me vendo.)

ESCENA V.

Dichos.—D. CRISTÓBAL.

CRIST. Si interrumpo...

VIC. Interrumpir!

CRIST. Nunca quise causar pena.
Su salud de usted...?

GON. Tan buena.

CRIST. Quién tal pudiera decir!

GON. Cómo!

VIC. Sea todo por Dios!

CRIST. Sea.
VIC. Su cara no augura...
CRIST. Me lleva á la sepultura
esta maldecida tos.
VIC. Sí!...
CRIST. Don Fernando, está en casa?
GON. No.
CRIST. Nada sale á derechas.
GON. ¿Por qué?
CRIST. Tal vez á estas fechas
ignorará lo que pasa.
VIC. ¿Qué pasa?
CRIST. ¡Dios de Israel!
No hay para contarlo espacio.
La crisis ruge en Palacio.
GON. Y eso qué le importa á él?
CRIST. Puede ser su perdicion.
VIC. Sí?
CRIST. Pero de qué manera!
Si el ministerio cayera...
GON. Pues no es de la oposicion?
CRIST. En eso estriba el misterio.
De entre las oposiciones
surgen dos combinaciones
para un nuevo ministerio.
En la una estan sus amigos,
los que á su lado batallan:
en la otra solo se hallan
sus mas fieros enemigos.
Tal vez el poder se hunda
y venza nuestro partido...
Pero todo se ha perdido
si el triunfo es de la segunda.
GON. Conque...?
CRIST. Fuera de perder
sus empleos, sus honores,
juega intereses mayores.
Tiene contratas...
GON. Oh!...
VIC. A ver!
Mas por qué tantas querellas
si usted nada va perdiendo?
CRIST. Pues no está usted conociendo
que yo tengo parte en ellas?
VIC. Ya!
GON. Conque usté...
CRIST. Ejem! ejem!

Quiero decir, me intereso...
jem! (Soy un topo.)

VIC. Pues eso...

CRIST. Jem! jem!

GON. Conque usted tambien...

CRIST. Hombre, no. Era una figura...
Jem! jem! jem! Válgame Dios!
¡Cuando digo que esta tos
me lleva á la sepultura!

ESCENA VI.

GONZALO, VICTOR, D. CRISTÓBAL, D. GABRIEL.

GAB. ¡Hola!

CRIST. Adios...

GAB. Celebro hallarle.
Tengo que hablar con usté.

CRIST. ¿Sí? Cuánto me alegraré
si en algo puedo agradarle!
Mis deseos...

GAB. Escelentes.
Lo sé ya... Por esperiencia.

VIC. Tal vez esa conferencia
no deba tener oyentes.

GAB. Spche!

GON. Vámonos.

VIC. Sí.

GAB. Les ruego
que se queden si no hay prisa.

VIC. Tambien hablar nos precisa.

GAB. Entonces... callo.

GON. Hasta luego.

GAB. Oye...

(*D. Gabriel y Gonzalo hablan aparte. D. Cristóbal algo apartado, da muestras de impaciencia. Victor espera en la puerta del foro.*)

(Ya tan bueno estás.
De aquí nos han arrojado;
supuesto que has mejorado
aquí no estaremos mas.

GON. ¡Ay!

GAB. Sientes partir?

GON. No, no.

GAB. El amor aquí te llama.

GON. Carolina no me ama.

GAB. Bien.) (*Le indica que puede marcharse.*)
(Para algo vivo yo.

Este... ya está. Carolina...
Hoy nos echan á la calle.
Hoy es fuerza que esto estalle.
Pongamos fuego á la mina.)

ESCENA VII.

D. Gabriel, D. Cristóbal.

Crist. Podemos empezar?... (*Impaciente.*)
Gab. Sí.
Mas... no vaya usté á pensar,
que vamos á ventilar
nada de importancia aquí.
Crist. Por mi parte... (Esto vá malo.)
Gab. Me han dado la nueva ingrata,
de que hay alguno que trata
de denunciar á Gonzalo.
Crist. Cómo?
Gab. Sí señor. Parece
que gana con verlo preso.
Crist. Mas, cómo puede ser eso?
(Su mirada me estremece.)
Gab. Este es el motivo que
me obliga á dar este paso.
Crist. Sospechará usted acaso?
(Esto va peor.)
Gab. De usté?
Qué disparate!
Crist. (Bien vá.)
Es que si acaso, me obligo...
Gab. De usted, que es tan nuestro amigo.
que nos quiere... tanto! Bah!
No señor. Se lo decia
porque juntos trabajemos,
y quien es averigüemos.
Crist. Eso sí.
Gab. Ya lo sabia.
Yo nunca he formado quejas
de su amistad intachable.
Mas volviendo al miserable...
Tengo unas pistolas viejas
que aun se conservan muy bien.
Yo jamás he errado tiro,
y si á mi lado le miro...
Crist. Qué?
Gab. Nada: le mato. (*Con mucha frialdad.*)
Crist. Ejem!

GAB. (Yo haré que tu curso pares.)
Usted, en mi lugar puesto
lo haria.

CRIST. Yo!... por supuesto.
(Adios diez mil ejemplares!)
Don Fernando espera, y yo,
como aguardándome está,
voy... (Ay señor, qué será...
Qué será lo que me dió?)

GAB. Bien. Y la edicion, qué tal?
se vá al cabo despachando?

CRIST. Van picando... van picando.
No, no se presenta mal.

GAB. Conque gusta? Ya se vé!
Si usted las obras pagara,
con todas eso lograra.

CRIST. Sobre eso, le diré á usté.
Ese literario enjambre
en que fundo mi esperanza,
tiene una musa, la holganza,
y una inspiracion, el hambre.
Yo, que les tengo aficion,
por mucho que ellos me tiren,
para que mejor se inspíren
los pongo á media racion.
Ya ve usted que yerra en parte,
si es que yo no me equivoco.
Verdad que pago muy poco...
pero es por amor al arte.
(Con refinada hipocresía.

GAB. Calle usted. *(Indignado.*

CRIST. Así mantengo
á mas de algun pobre chico...

GAB. Sí, sí; que le hace á usted rico.
(No sé cómo me contengo!)

CRIST. Si á todo halla solucion!...

GAB. Hipócritas inhumanos!
La juventud en sus manos
es un fragante limon.
De proteccion con la máscara,
sobre ella echais vuestro yugo.
Cuando esprimís bien el jugo,
arrojais lejos la cáscara.

CRIST. Mas...

GAB. A romper sus historias
llevásteis los pueblos ciegos,
é hicísteis despues talegos

con trozos de ejecutorias.
De dinero bien henchidos,
teneis, como hombres de ingenio,
á la juventud y al genio
con su peso comprimidos.
Y en ellos, sin remision,
su sangre cae esprimida,
cada gota convertida
en un *hermoso* doblon!!

CRIST. Nada: usted firme en su tema.

GAB. Y eso á usted le maravilla?

CRIST. (Este hombre es mi pesadilla.)

GAB. (Volvamos á mi sistema.)
Lo que en usted me ha estrañado,
(*Despues de una pausa.*)
visto su *mucho* talento,
es, que viéndose opulento
no piense en tomar estado.

CRIST. Yo! *Vade retro!*

GAB. Bah! bah!
El hombre, por mas que quiera,
ansía una compañera;
porque el matrimonio da
el placer de los placeres;
el que huye menos veloz.

CRIST. ¡Calle usté! Esa es una voz
que hacen correr las mujeres.

GAB. ¡Bah! Nada se sacrifica
á esa dicha verdadera,
si al elegir compañera
se halla jóven, bella y rica.

CRIST. ¿Rica? (¿En que vendrá á parar?)

GAB. Yo lo consideraría
como un negocio... y lo haría.

CRIST. Sí, sí; vaya usté á buscar....
(¿Qué es esto?)

GAB. (¡Al fin se clavó!)

CRIST. Conque dice usted que...

GAB. Sí.

CRIST. Rica, y que me quiera á mí?

GAB. Yo no veo por qué no...
su riqueza es bien notoria,
su honradez es proverbial...
no se conserva usted mal...

CRIST. (Esto ya pica en historia.)

GAB. Pero así le hago perder
su tiempo y...

No haya cuidado...

CRIST. ¡Perderlo estando á su lado!...

GAB. Mas...

CRIST. Nada tengo que hacer.

GAB. ¡Bien!

CRIST. Decia usté... (*Con mucho interés.*)

GAB. En verdad
no recuerdo..

CRIST. Usted me hablaba
del matrimonio, y pensaba...

GAB. Sí, que está usted en edad...

CRIST. No, no. Que no faltaria
una jóven rica que...

GAB. ¡Ya! Que le quisiera á usté.
Es verdad. Eso decia.

CRIST. Y usted cree?...

GAB. Claro está...
¿Qué padres ó qué... tutor
no tendrán á mucho honor...
el darle...

CRIST. Tutor!

GAB. Pues ya!
Mas... le estoy cansando.

CRIST. Qué!

GAB. Su tiempo...

CRIST. Qué disparate!

GAB. Por si acaso, no dilate
el pedirla. Yo que usté,
me armaba de estoicismo,
y sin necia cobardía,
al tutor se la pedia
mañana, ó... tal vez hoy mismo.

CRIST. Pues qué?

GAB. ¿Qué jóven no tiene
inocentes amorcillos...
Nada, cosas de chiquillos.
Pero si usted se detiene...

CRIST. Debo estar sobre la huella
del rival. Eh?

GAB. Por supuesto.

CRIST. Señor, pero á todo esto
quién es ella? quién es ella?

GAB. Ella! (*Pausa.*)

CRIST. Calla usted? Creia
que algo iba ya comprendiendo...

GAB. Lo que yo estaba diciendo
era pura teoría.

Pero siguiendo esta táctica,
usted, hombre tan profundo,
es lo mas fácil del mundo
verla reducida á práctica.
Una jóven siempre da
que hacer... Miré usté á Fernando
lo que está el pobre pasando...
Y eso que es pupila!

CRIST. Ah!!

(*Dándose una palmada en la frente como comprendiendo de un golpe.*)

GAB. (Bien, se alegra.)

CRIST. (He aquí mi polo.
Las contratas... mal!... muy mal!
En esto gano un caudal.
Pensemos en esto solo.)

ESCENA VIII.

D. GABRIEL, D. CRISTÓBAL, D. FERNANDO.

(*D. Cristóbal se queda pensativo, pero dando á entender el gozo que le produce el pensamiento de D. Gabriel. Este se pasea frotándose las manos y mirando de vez en cuando á D. Cristóbal con lástima y sonriéndose. D. Fernando aparece poco despues en el foro, y se lanza á D. Cristóbal lleno de inquietud.*)

FER. Don Cristóbal!

CRIST. Eh?

FER. Así (*Colérico.*)
se puede usté estar...

CRIST. Es que...

FER. Sí.

CRIST. Con su hermano de usté
trataba un negocio, y...

FER. Y yo entre tanto!...

GAB. Te pones
de un modo. Si así te vieran...
Vamos!

FER. Si todos tuvieran
aquí tus obligaciones!
Tus cuidados!... Oh! Es cruel.

GAB. Hé ahí por qué soy dichoso,
porque vivo en el reposo;
en tanto que tú...

FER. Gabriel!
Pero... Don Cristóbal! Vamos!
Qué pasa?... Yo muero hoy.

CRIST. Ah! Ya! me hablaba usté... Voy,
voy.

FER. Medrados estamos!
Es usté insufrible!

CRIST. Estaba...

FER. Mas, qué pasa? El ministerio...

CRIST. En peligro. El caso es serio.
Pero lo que yo pensaba...

FER. Bien, bien. Hable usted volando.
Que salga de este temor.

GAB. (Ya escampa!)

CRIST. Sí, sí señor.
Lo que yo estaba pensando...

FER. Oh!... (*Desesperado.*)

CRIST. Con tal que á usted le cuadre,
nuestra amistad se afianza
por medio de una alianza.
Usted es casi su padre.

FER. Pero si eso está arreglado!
si ya le he dicho que sí!
si se la dí á usted...

CRIST. A mí?

FER. Pero por Dios, qué ha pasado?

GAB. (De nuevo truena la nube.)

CRIST. Usted á mí? Pero cuándo...?

FER. Hombre, por favor!

GAB. Fernando!

FER. Pero quién sube? quién sube?

CRIST. Mas cuando...

FER. Mis enemigos?

CRIST. Lo temo.

FER. Todo lo pierdo!

CRIST. El caso es que no recuerdo ..

FER. No mas! (*En el colmo de la desesperacion.*)

GAB. Vamos, entre amigos..,

FER. Perdido!

GAB. No te acalores.

FER. Si han triunfado!...

GAB. Qué bobada!
Al cabo todo ello es nada.
Qué te importan los honores?

FER. Honores!

CRIST. (Yo no comprendo...
Mas con tal que él lo comprenda!)

FER. Los honores! y mi hacienda?

GAB. Cómo?

FER. Vaya usted corriendo

y averigüe... y...

CRIST. Sí; peró...

FER. Corra usté, ó tarde será.

(*Quiere detenerse; pero D. Fernando lo lleva hasta el foro, y allí, despues de un momento de pausa en el que D. Fernando se impacienta, dice aparte.*)

CRIST. Voy, voy. Mas antes .. (Ah! ya!!
Pues eso es lo que me dió!)

ESCENA IX.

D. GABRIEL, D. FERNANDO.

FER. Oh!... Ya han triunfado quizá!
Tal vez todo lo perdí.
(*Dejándose caer en una butaca.*)

GAB. Mira cómo me va á mí;
mira á tí... cómo te va.

FER. Gabriel! Tú...

GAB. Nadie desoye
á la verdad y á la fé!
(*Apoyándose en el respaldo de la butaca.*)
Dios desde el cielo nos ve,
Dios desde el cielo nos oye.
No tu desventura insulto
cuando á la verdad inmolo
mi amor hácia tí; es tan solo
que á la verdad rindo culto.
Mira... No te dice nada,
no me envidias en tu pena
esta sonrisa serena,
esta tranquila mirada?
Calla... ya decirte escucho:
«No te hirió el dolor á tí.»
Te engañas, Fernando, sí...
he sufrido y sufro mucho.
Mas no por seguir humanas
criminales ambiciones,
ni esas bastardas pasiones
que hacen indignas las canas.
Nunca su tirano empeño
me hizo verter triste lloro;
jamás el afan del oro
quitó á mis ojos el sueño.
Lejos del fiero egoismo
que tu alma tierna ha secado,
siempre en todos he pensado,
nunca he pensado en mí mismo.

El bien... me mostró este afan
que no es de los que se encumbran;
bien que tus ojos columbran,
pero que nunca verán.
Bien, del que la humana ciencia
no puede marchar en pos;
bien, que es uno como Dios:
¡La calma de la conciencia!

FER. Gabriel! .. (*En tono de súplica.*)

GAB. Tu fortuna acaba.
Vuelve en tí, vuelve: un abismo
abres á tus piés tú mismo.

FER. Esto solo me faltaba!

GAB. Oye: todo se concilia.
Aun puedes hallar reposo;
aun puedes ser muy dichoso.
Piensa solo en tu familia;
retírate de ese mundo
y sus cuidados prolijos.
Oh! sí, sí. No tienes hijos;
mas Dios, próvido y fecundo,
te los da: con tierno afan
Gonzalo ama á Carolina:
cumple su pasion divina.
Ellos tus hijos serán;
y debiéndote su suerte,
si así por su bien te afanas,
ellos honrarán tus canas,
ellos llorarán tu muerte.

FER. Que se aman! Lo presumia.
Y tú nada me has contado! ..
Tú de evitar no has tratado!...

GAB. No, no. Yo los protegia.
Yo le traje aquí...

FER. Qué dices?

GAB. Esto hará mi vida corta,
me matará... Mas qué importa?
Sé que van á ser felices.

FER. Oh! no, tú no eres mi hermano!
Y mis contínuos afanes?
y mi palabra! y mis planes!

GAB. Polvo, ceniza, humo vano.

FER. Esa union que era tu anhelo,
no se hará, aunque en ello estribe...
Lo prohibo! (*Con energía.*)

GAB. (Ah... Lo prohibe!
(*Respirando con fuerza y radiante de gozo.*)

¡Cuánto lo rogaba al cielo!)
Se casarán!
(*En el mismo tono que dijo don Fernando* «Lo prohibo.»)
FER. Nunca!
GAB. Sí.
FER. Su fortuna no se aviene.
Él, qué tiene?
GAB. ¿Que qué tiene?
Cierto: nada para tí.
Él no posee riquezas,
ni honores... ni sueldos cobra...
le falta... lo que le sobra
á tantos *hombres-cabezas*
de nuestra generacion.
En cambio rebosa aliento,
juventud, vida, talento,
grandeza de corazon.
Lo que tú nunca tendrás
ni los tuyos... Sois muy chicos
á su lado... Sereis ricos...
Pero ricos nada mas!
FER. Sí...
GAB. Siempre del oro en pos
el alma matado habeis...
Ante Dios respondereis
de haber hecho al oro dios.
Del mundo para desdoro,
todo respeto olvidado,
altares habeis alzado
al nuevo becerro de oro.
Nuevos hombres brotarán
del mundo entero á los gritos,
que esos altares malditos
por tierra derribarán.
FER. Gabriel!
GAB. Entre vuestras manos
la sociedad se estremece;
su fin sublime perece...
Los hombres no son hermanos.
De ese fin, del mútuo amor,
no va quedando ni huella.
¿Qué cuenta vais á dar de ella
ante el trono del Señor?
FER. Pues esa generacion
es la tuya, si es la mia.
GAB. No, no, no! Yo todavía
soy jóven de corazon.

Jóven, sí, siempre lo fuí:
la edad contar no debemos
por el dia en que nacemos;
la edad, Fernando, está aquí.
(*Señalando al corazon.*)

FER. Bien, bien. Vivamos los dos.
Gózate tu en tus desvaríos...
y déjame con los mios.
Adios.

GAB. Que te ayude Dios.

ESCENA X.

D. GABRIEL.

Casi en todos esa edad
la misma doctrina esconde...
¿Adónde, Dios mio, adónde
camina la humanidad?

. . . .

Ya cerca del atahud,
viendo la muerte que avanza,
solo queda una esperanza,
solo una, la juventud!
Esa juventud que á erguir
comienza la altiva frente:
esa juventud ardiente
de quien es lo porvenir.
Esa tiene mas virtud!
mas vida en el corazon...
Gastada generacion,
haz plaza á la juventud!
Llena de noble ansiedad
te empuja, y atrás te deja...
Plaza, sí, sociedad vieja,
á la nueva sociedad!
Ya tu sangriento sarcasmo
de la boca no se escapa,
y es que esa boca te tapa
la fé nueva, el entusiasmo.
Ese te va á destronar,
y tal vez en el instante,
porque no grita ¡adelante!
adelanta sin gritar.
Y el órden y la razon
sustituye á tus errores,
y la fé de sus mayores,
y su santa religion...

Tu loca y fiera impiedad
prosélitos no hace ahora...
Tiembla!... Ya asoma la aurora
de la nueva sociedad.
La juventud se emancipa
de esa tutela forzada,
turba *matematizada*,
generacion de *chiripa.*
Toda diligencia es vana;
¡lo porvenir ha llegado!...
Hoy concluye tu reinado...
hoy no es hoy, hoy es ¡mañana!

. . . .

Sí, sí, mis ojos lo ven;
no es optimismo fatal.
Dios siempre nos manda el mal
como precursor del bien.
De tantos males en medio
batallando me encontré...
y en el mismo mal hallé
su mas cumplido remedio.
Que está del bien tan ajeno
este mundo en que vivimos,
que si no lo prohibimos...
jámas hará nada bueno.
Sigamos, pues dí en el quid,
remediando su quebranto...
y entre tanto... y entre tanto...
prohibid, hijos, ¡prohibid!

ESCENA XI.

D. GABRIEL, VICTOR.

VIC. Don Gabriel?
GAB. Ah!... Terminó
la...? Pero ¿que ha sucedido?
Tú vienes muy conmovido:
¿qué sucede? (*Sobresaltado.*)
VIC. Nada... yo...
GAB. Mas ..
VIC. Deje todo cuidado.
Un viajillo que hacer tengo...
y de despedirme vengo...
Esto nos habrá afectado....
GAB. Pero esa resolucion
tan pronta, no se concilia...
Es cosa de la familia?

Hay alguna desazon?
VIC. No señor.
GAB. Entonces, ¿qué...
VIC. Nada: un capricho.
GAB. Capricho?
No, no; verdad no me has dicho.
Qué pasa?
VIC. Créalo usté.
GAB. No, no: mientras mas te escucho
mas mi opinion se afianza.
VIC. Pues bien...
GAB. Habla sin tardanza.
Sabes que te quiero mucho.
VIC. Sí...
GAB. Franquéate conmigo.
VIC. Todo lo vá usté á saber. (*Pausa.*)
Amo á la misma mujer
que ama mi mejor amigo.
Jamás en ella pensé:
él no hablarla me exigió...
no sé lo que en mí pasó,
mas desde entonces la amé.
GAB. Ya...!
VIC. Creí mi amor ahogar;
hoy he visto que no puedo...
Tengo á este cariño miedo,
y me he resuelto á marchar.
GAB. Bien! bien! (*Apretándole la mano.*)
VIC. Espero que así,
aunque nunca olvidaré,
su dicha no turbaré.
GAB. Bien! Te comprendo! (*Con dolor.*)
VIC. Usted!
GAB. Sí.
El que diga que no siente,
que nunca amó sabio y cuerdo,
que no tiene ni un recuerdo
de amor... ó no es hombre, ó miente.
A su ley nació sujeto
el que vive en mayor calma...
Allá en el fondo del alma
todos tienen su secreto.
Todos ceden al amor...
todo el que existe le siente...
Es el mas indiferente
el que lo oculta mejor.
Nuestro mismo ser le ha dado

ese inflexible derecho...
Con la mano sobre el pecho,
quién dice: «Jamás he amado,»
sin que una palpitacion,
súbita y terrible y honda,
á su blasfemia responda:
«Aun vive tu corazon.»

VIC. Es verdad!

GAB. Larga es tu vida.
En este revuelto mar
la llegarás á olvidar...
A mi edad nunca se olvida.
Falta tiempo!

VIC. Debe usté
sufrir mucho.

GAB. Si supieras!...
Si tú comprender pudieras...
Yo fuí jóven y no amé.
Mi patria fué la pasion,
única que conocí...
Viejo... cuando á ese ángel ví
no pensé en mi corazon.
Era niña! Yo la veia
jugar sencilla á mi lado,
y en su bien solo ocupado,
como un padre la queria.
Pura y hermosa, crecer
mis ojos la contemplaron,
y así los tiempos pasaron...
y la niña fué mujer!
Entonces ¡ay! conocí
lo que lloro en este instante.
El padre iba siendo amante.
Muy tarde lo comprendí!
Al verla jóven y hermosa
me dije: «tu amor es vano:
no eres tú, no, pobre anciano,
quien puede hacerla dichosa.»
Y sufriendo mi querella,
y mis sollozos ahogando,
por el mundo fuí buscando
un hombre digno de ella.
Le encontré en fin, y á pesar
de que al ver mi obra con calma
se me desgarraba el alma
é iba mi pecho á estallar,
yo procuré que se vieran,

yo obstáculos les formé,
que luego desbaraté
para hacer que se quisieran:
y como pensé, se amaron
con afan grande y ardiente,
y de ambos fuí confidente
y las penas no me ahogaron.
Mis sacrificios cumplidos,
terminado aquel intento,
solo falta á mi tormento
verlos para siempre unidos...
Y hoy lo tengo de lograr,
y hoy me despido del bien...
y hoy... hoy!... Victor... yo tambien
necesito viajar.

(*D. Gabriel dice las últimas palabras ahogando el llanto y estrechando la mano á Victor. Pausa. Tras un momento de silencio aparece Carolina en el foro: al verla lanzan los dos una esclamacion, se miran y bajan la cabeza. Carolina viene vestida de calle con mucha elegancia; entra muy alegre: al conocer el estado en que se hallan se acerca lentamente*)

ESCENA XII.

D. Gabriel, Victor, Carolina.

Gab. Vic. Ah!
Gab. (¡Fuerzas! (*A Victor.*)
Vic. ¡Fuerzas! (*A don Gabriel.*)
Gab. (¡Gran Dios!)
Car. ¿Qué sucede?
Vic. Nada.
Gab. Nada.
(¡Vete! (*A Victor.*)
Vic. Sí.) (Suerte menguada!)
Gab. (¡Que te estás vendiendo!)
Vic. Adios.
Gab. (Pronto...
Vic. ¡Yo no vuelvo aquí!
Gab. ¡Nunca! Verla no debemos...
Te buscaré y partiremos
mañana.
Vic. Bien...) (Ay de mí!)

(*D. Gabriel acompaña á Victor hasta la puerta del foro. Al desaparecer Victor, se dirige Carolina hacia él como queriendo preguntarle qué causa su emocion.*)

ESCENA XIII.

CAROLINA, D. GABRIEL.

CAR. Mas...
GAB. Tú has salido.
(*Reparando en el traje de Carolina.*)
CAR. Si viera
usted el gozo que tengo...
Loca de contento vengo.
GAB. Pues... ¿cómo?...
CAR. Quién lo creyera!
Ya no vivirá penando...
¡Ya está en salvo!
GAB. ¿En salvo?
CAR. Sí.
¡Y á mí me lo debe! ¡á mí!
GAB. ¡Hija mia! ¿Cómo? cuándo?
¡Habla!
CAR. He tocado un registro...
GAB. Mas sepamos lo que pasa...
De dónde vienes?
CAR. De casa...
GAB. De quién?
CAR. Del primer ministro.
GAB. Tú!
CAR. Nada habrá que le aflija.
GAB. Pero le has visto?... peró?...
CAR. A quién? al ministro? No.
Buscaba solo á su hija.
GAB. Ah! (*Respirando con fuerza.*)
CAR. Luisa es tan buena y tan...
Era compañera mia
de colegio... Qué alegría
cuando me vió!... y cuánto afan
cuando le conté mi pena!...
Porque... Nada le he ocultado...
ni nuestro amor desgraciado
ni... Nada... nada! Es... tan buena!
GAB. Pero...
CAR. Verá usted. Su padre
nunca le ha negado nada;
y... está tan interesada
por nosotros... Ah! su madre
tambien hablará al marido;
él las quiere... Oh!... de un modo...
Así es que mañana á todo

tirar está conseguido.

GAB. Ah! Mas tú no habrás contado
dónde está?

CAR. Yo? Sí señor.

GAB. Dios mio!

CAR. Hasta nuestro amor.
Si nada les he ocultado!...

GAB. Le has perdido!...

CAR. Cómo?

GAB. Sí.
Tú comprenderlo no puedes...
De esas casas, las paredes
oyen.

CAR. Perdido por mí!

GAB. No, quizás no será tarde;
si dilatan el venir
tendrá tiempo de partir...

CAR. Oh! mi cabeza se arde.

GAB. Todo remediarlo toca
á mi esperiencia de viejo.
Él viene: con él te dejo.
Adios.

CAR. Yo me vuelvo loca!

ESCENA XIV.

CAROLINA, GONZALO.

CAR. Gonzalo! (Triste de mí.)

GON. Carolina!—Señorita...
Qué tiene usted? Qué la agita?

CAR. No me hables por Dios así!
Ese tranquilo esterior,
esa apariencia de olvido...
Perdona si te he ofendido!...
Me está matando el dolor.

GON. Carolina!

CAR. Gracias. Ah!

GON. Tus ofensas no recuerdo.

CAR. Sí, recuerda... Yo te pierdo!
De mí tu mal partirá.
Yo te llevo á la prision...
Yo! que pensaba salvarte.
Huye! sí... tiemblo al mirarte.
No soy digna de perdon!

GON. Mas...

CAR. De mi estrella fatal,
Gonzalo, tu mal proviene.

GON. Sí por tu causa el mal viene,
que venga en buen hora el mal.
CAR. Gracias.
GON. Dicha mas cumplida
pedir no quiero á la suerte.
CAR. Mi amor va á darte la muerte.
GON. Tu amor es siempre mi vida.
CAR. (Su desgracia no concibe.)
GON. (A sí misma me prefiere.)
CAR. (Alma mia, muere, muere!)
GON. (Esperanza, vive, vive!)
CAR. Calla, calla! Me asesina
verte así cuando te pierdo.
GON. Yo solo tu amor recuerdo.
CAR. Ay Gonzalo!
GON. Ay Carolina!
CAR. Déjame volver en mí.
Creyendo haberte salvado
tu retiro he revelado.
Tal vez ya vienen por tí.
GON. La muerte me fuera grata
no dudando de ese amor.
Tu cariño es una flor...
CAR. Pero su perfume mata! (*Interrumpiéndole.*)
No le aspires... huye... sí;
olvida que ausente muero;
no pienses cuánto te quiero...
Vete muy lejos de aquí!
Sí, merezco tus enojos;
tras nuevos amores vé,
que yo... ¡ yo te lloraré
mientras que me queden ojos!
GON. Esa abnegacion divina,
mas y mas me vuelve loco.
Sin tí á mi afan... todo es poco!
CAR. Ay Gonzalo!
GON. Ay Carolina!

ESCENA XV.

CAROLINA, GONZALO, ROSARIO.

ROS. Señorita! Señorita!
CAR. Qué?
ROS. Ni de huir tiempo tiene.
Don Fernando hácia aquí viene
con una cara... (Ay maldito!)
CAR. Dios mio!

GON. Deja el temor.
Al cabo lo ha de saber,
y alguna vez ha de ser.
ROS. Y dice muy bien! Valor! (*A Carolina.*)
Mire usted que es cosa rara
no querer que llegue el dia...
Yo que usted, me casaria,
no mas que por darle en cara.

ESCENA XVI.

CAROLINA, GONZALO, ROSARIO, D. FERNANDO.

CAR. Ah!
FER. Y don Cristóbal?
GON. No sé.
ROS. Ni yo.
FER. ¡Incertidumbre y...!
¿Qué hacen ustedes aquí?
CAR. Nada...
FER. Bien. Yo lo sabré!

ESCENA XVII.

D. FERNANDO, CAROLINA, GONZALO, ROSARIO, D. GABRIEL, *y* D. CRISTÓBAL.

FER. Don Cristóbal! (*Corriendo á su encuentro.*)
CAR. Don Gabriel! (*Idem.*)
FER. Qué? (*Con ansiedad.*)
CRIST. Cayeron. (*Con desesperacion.*)
CAR. Y?...
GAB. Salvado!
FER. Pero, quién sube?
CRIST. Han triunfado. (*Con dolor.*)
FER. Dios!
GAB. Eso le salva á él.
CA. GO. F. Cómo?
GAB. Su sistema mismo
profesan los que ora imperan:
los que ayer crímenes eran,
hoy son rasgos de heroismo.
Ya no espera una prision
este español escelente...
Mañana probablemente
le darán una pension.
CAR. Libre!
GON. Sí!
FER. Perdido!

CAR. GON. Ah! (*Mirándose con ternura.*)
ROS. Tengo un placer... un contento...
CRIST. (Paciencia! Este casamiento
pronto me reintegrará!)
GAB. Ahora no se opone nada
á su enlace.
CRIST. Cómo? qué?...
FER. Oh! no, siempre me opondré...
Mi palabra está empeñada.
CRIST. Y no creo que rehuya
cumplirla. Así su bien labra.
El, ha dado su palabra!...
GAB. Ella, no dará la suya.
Pero... á qué tanta querella?
No pienses en ello mas. (*A Fernando.*)
Si tu licecia no das...
bien: se casarán sin ella.
FER. Oh!
CRIST. Cómo? Esto mas perdido!
(*Con desesperacion.*)
y creí!...
GAB. El hombre propone...
CRIST. Sí! Y el dinero dispone...
Yo he bajado... él ha subido.
Pues bien: renuncio.
(*Como haciendo un sacrificio.*)
GAB. Así á tientas...
CRIST. Sí señor. (Y bien mirado...
el tutor queda arruinado.
Buenas estarán las cuentas!)
Todo! no me queda nada...
nada me sale á derechas...
Tal vez estará á estas fechas
la prohibicion levantada!
GAB. Eso dará al libro vida.
Verá usted cuál la recobra
con un: «Esta bella obra
tanto tiempo prohibida...»
¿Qué bolsillo hay que resista
á ese aliciente?
CRIST. Jé! jé! (*Tosiendo.*)
Vé usted muy lejos!...
GAB. Y usté?...
CRIST. Yo... yo soy corto de vista.
Adios.
GAB. Se va usted?
CRIST. Sí, sí.

Esta mi esfera no es:
yo desprecio el interés
que miro imperar aquí.

GAB. Sí... tiene usted ese defecto.
CRIST. Ejem!... Creo que importuno.
GAB. Qué!
CRIST. (Gano ciento por uno.
Voy á cuidar del prospecto.)

ESCENA XVIII.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO, D. FERNANDO, ROSARIO.

ROS. Bien! Que tosa... y...
GAB. Vuelve en tí.
(*A Fernando.*)
Vamos.
FER. No me digas nada.
CAR. (Su suerte es muy desdichada.
GON. Aliviémosla.
CAR. Sí, sí.)
ROS. (Escuche usted. El no siente
verlos á ustedes casar: (*A Carolina.*)
lo que no quiere es gastar.
Por eso no lo consiente.
Si es así!... (*Cerrando el puño.*)
CAR. Tal egoismo...
ROS. El no tenerlo es de santos:
conozco yo tantos, tantos,
que han hecho y hacen lo mismo!
GON. Bien, vete.)
ROS. (Se casarán?
(*Llegándose á don Gabriel.*)
GAB. Pues no!
ROS. Qué bueno es usté!
Qué bueno!
GAB. Sí: marchaté.
ROS. Voy. He pasado un afan...
Qué bueno es usted! Y yo
que me habia figurado
que estaba usté enamorado
de la señorita!... Oh!...
GAB. Rosario! (*Estremeciéndose.*)
ROS. Voy). (Por supuesto (*A Carolina.*)
que le van á usted á hacer
unos regalos...
GAB. Mujer!
ROS. (Cuándo me veré yo en esto!) (*Váse.*)

ESCENA XIX.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO, D. FERNANDO.

CAR. (Sí.) (*A Gonzalo, con quien ha estado hablando.*)
GON. Tio!
FER. Qué?
GON. Su ruina
quizá remediarse pueda...
En sus manos de usted queda
la dote de Carolina.
FER. Ah!... No: deja que rechace
generosidad tan rara.
CAR. Vamos! (*Suplicante.*)
GAB. Acepta (y repara
que es jóven quien esto hace.)
FER. No, no merezco esta accion.
GON. Vamos.
FER. No: mis desvaríos...
CAR. Nos desaira ustéd...
FER. Hijos mios!
Gabriel! Tú tienes razon.
GAB. Lloras? Estrecha la mano
que te mostró estos consuelos;
y... ¡Gracias, Dios de los cielos!
Ahora te conozco, hermano.
FER. Gabriel! Es tarde... soy viejo...
GAB. Pero...
FER. Uníos, hijos!
CAR GON. Oh!
FER. Y sed felices... que yo...
yo... no puedo mas! Os dejo.

ESCENA ULTIMA.

CAROLINA, D. GABRIEL, GONZALO.

GON. Siempre unidos!
CAR. Siempre!
GON. Sí!
Dicha completa y divina!
CAR. Gonzalo!
GON. Mi Carolina!
(*Gonzalo estrecha las manos á Carolina; D. Gabriel los contempla algo ap rtado, radiante de gozo, con los ojos arrasados de lágrimas. Pausa. Tras una transicion de sentimientos dice con desconsuelo.*)
GAB. Ni una frase para mí!...

CAR. Oh!
(*Corriendo hácia él y echándose en sus brazos.*)
GON. Perdon!
GAB. Bien, hijos, bien!
(*Llorando de placer.*)
CAR. Nada hemos puesto en olvido!
GON. Y Victor que habrá partido!
(*D. Gabriel se estremece al recordar lo que su deber le impone, y dice afectando tranquilidad, desprendiéndose de los brazos de Carolina y Gonzalo.*)
GAB Adios!... Yo parto tambien...
CAR. GON. Usted!
GAB. Yo, sí. (*Casi sin poder dominar su dolor.*)
CAR. Esa emocion...
Su voz tiembla... su mirada...
Qué tiene usted?
GAB. Nada, nada.
(Se me parte el corazon!)
(*Con la mano sobre el pecho, como queriendo contener los latidos del corazon.*)
Adios!
GON. No.
CAR. No. Usted padece.
Usted, que es nuestro ángel bueno!
GON. Nuestro padre!
GAB. Estoy sereno.
CAR. Al decirlo se estremece.
GAB. Es... que os tengo que dejar...
y eso... me da una inquietud...
El médico... mi salud...
Me precisa viajar.
Necesito variacion...
Otros aires... Este frio
me está matando... y... (Dios mio!
Tened de mí compasion!)
CAR. Bien, bien; pues que ese es su anhelo
y el mal de España le arroja,
el suelo que usted escoja
será nuestro patrio suelo.
Solo de su afecto ansiosos
nuestro cariño mirando,
sus males irá curando
el vernos siempre dichosos.
Vamos donde á usted le cuadre
sin mas debates prolijos.
Usted nos llama sus hijos...
Yo no abandono á mi padre!

GAB. Ah!
GON. Vacila...
CAR. Nuestro amor...
GAB. Sé que es grande, inmenso, vivo.
Mas... ¡nunca!... Me lo prohibo!...
(*Con voz ahogada por el dolor y apenas perceptible.*)
(Me lo permito... Es mejor!...)
CAR. GON Pero...
GAB Me alejo de aquí...
Solo!... Es preciso... y lo haré!...
Quizá á veros volveré...
quizá... No hablemos de mí.
Pensemos en vuestro amor,
há poco tan combatido,
hoy feliz... y conseguido.
Demos gracias al Señor.
Sí, su Omnipotencia sola
á tanto bien os llevó.
Ella sola separó
de tu frente la pistola.
Lo olvidó tu saña fiera.
Pero de aquel mal en pos
gritó á tu lado: «Hay un Dios:
ten confianza y espera.»
Hoy que tras esos deslices
todo mal ha terminado,
teneis un deber sagrado:
¡velar por los infelices!
Aguilas de raudo vuelo,
si la altura no os aterra,
no mireis nunca á la tierra,
fijad la vista en el cielo!
Y como á través de un tul
siempre encontrareis escrita,
una máxima bendita
en medio el espacio azul...
máxima cuya bondad
mis tristes pasos guió...
máxima que Dios dictó
en bien de la humanidad:
máxima sencilla y pura
por ninguno contradicha...
«Dudar: hé aquí la desdicha.
Creer!... hé aquí la ventura!»

FIN DE LA COMEDIA.